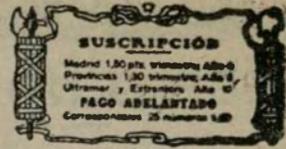


EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 15 de Mayo de 1913.

Núm. 20.

Pésame

Se lo doy muy sentido á la señora doña Remedios López García, y á sus hijos César, Josefa y María de la Luz, por la muerte de su esposo y padre, *D. Valentín García Nieto*, acaecida en Zamora el 4 del actual.

Y al par les reitero el testimonio de mi respeto y consideración, por haber cumplido tan honrada y noblemente la voluntad del difunto, llevando su cadáver al cementerio civil.

Cuando hay familias de anticlericales de gran renombre, que por cobardía ó por conveniencia de los que quedan, ofenden la memoria de los que se van, entregando á la profanación de la Iglesia sus cadáveres, resulta muy consolador para los convencidos el ver que hay otras familias modestas en poblaciones sometidas á la influencia clerical, que precinden de convencionalismos sociales y se olvidan hasta de sus intereses, por enaltecer la memoria del sér que amaron, y no dar lugar á que la empañe ni la sombra de una sospecha.

Cuenten la señora y los hijos de aquel mi querido amigo con mi afecto más profundo, á la vez que con mi admiración más grande; pues tales tiempos son llegados, que merece ser alabado por extraño y prodigioso el cumplimiento del deber más sencillo.

JOSÉ NAKENS

Hombre prevenido...

Pues, señor, al pensar en lo que le ha ocurrido á Morote, tiemblo como la hoja en el arbol, y no me llega la camisa al cuerpo.

Porque si el hablar y escribir siempre en anticlerical, mejor dicho, en antirreligioso;

Si el decir que se tiene á honor no ser católico y declararse enemigo personal de Cristo;

Si el representar á los judíos en Asambleas;

Si el no practicar y encima bromearse de los que practican, no garantiza á un ciudadano el libre ejercicio de su autonomía cadavérica...

¿Qué demonios hay que hacer en España para tener la seguridad completa de no verse, al salir hacia el cementerio, rodeado de cruces, mangas, curas y pendo-

«¿De qué piso hay que caerse aquí para que á un hombre le den un vaso de vino?», decía aquel albañil curda al ver que le ofrecían uno de agua al llegar al suelo desde un tercer piso

Y yo digo: ¿qué pruebas anticlericales, anticatólicas y antirreligiosas hay que dar hoy para que la Iglesia considere á un español fuera de su seno?

Antes daba gusto: bastaba que uno asociara en su estómago una chuleta con una sardina, ó que se negase á comer tocino, ó que se lavara un par de veces al día, para que inmediatamente lo delataran, lo encarcelaran, lo atormentaran y lo quemaran, esparciendo luego al aire sus cenizas.

¿Pero hoy? Hoy es vergonzoso lo que ocurre. En su afán de acapararlo todo, la Iglesia se apodera ya de la carne y los huesos de los impíos y herejes que antes quemaba, y los archiva en sus almacenes bendecidos.

El mejor día vamos á ver una huelga de cadáveres católicos, en son de protesta contra la admisión en los cementerios de esquirols celestiales.

Esto es vergonzoso, repito, y muy triste además. ¿Qué dirían los católicos de buena fe, si después de haber hecho en la tierra toda clase de sacrificios para ganar el cielo, se encontrasen con que los destinaban al Infierno? Se quejarían y con razón. Con la misma que tenemos hoy para lamentarnos los que trabajamos constantemente por alcanzar nuestra condenación eterna, y nos vemos al morir en peligro inminente de ir al cielo.

Nada indigna tanto al hombre como la injusticia, ni nada lo descorazona tanto como los desengaños. Y esto de pasarse la vida negando verdades reveladas, milagros, misterios; no yendo á misa, ni confesando, ni comulgando; mezclando la carne con el pescado, y haciendo, en fin, cuanto se requiere para no ir á disfrutar de la presencia de Dios, y encontrarse al final confundido en un cementerio católico con todos los que creen eso, expuesto á contagiarse de misticismo por la influencia perniciosa de las malas compañías... ¡Oh! este es el desengaño mayor y la injusticia más tremenda que puede sufrir una persona seria; y yo lanzo contra eso mi grito más formidable de protesta.

Cuando pienso en que, sin lo ocurrido ahora á Morote, podía yo haber muerto sin dejar un documento en regla disponiendo que se me enterrara en el cementerio civil (ya que aquí la cremación no está admitida), y que, por lo tanto, hubiera podido la Iglesia archivar me en el católico, me dan escalofríos, y no quie-

ro ni pensar en las horribles blasfemias que hubiese ido vomitando camino del cementerio.

Y que yo no hubiese dejado ningún documento, es seguro. Aparte de que nunca me cuidé de legalizar nada, ¿cómo había de figurarme que se atreviese la Iglesia á cometer con *mi fiambre* un atropello, una profanación tan horrible como la llevada á cabo con el de Morote?

Mas como no hay mal que por bien no venga, y de los escarmentados nacen los avisados, con esta misma fecha extendiendo, firmo y rubrico de mi puño y letra un documento en un pliego de papel de 12.ª clase, número 3.688.334 y que copiado al pie de la letra dice así:

«Si para cuando *finiquite* no se hubiese establecido la cremación en España (que no se habrá establecido), *ordeno y mando* que se me entierre en el cementerio civil del punto donde me hallare; y si no existiese (que pudiera ser), que me sepulten donde bien les parezca, ó que no me sepulten si bien les parece; en la seguridad completa de que yo no he de decir «esta boca es mía», por no faltar á la prudente costumbre de todos los cadáveres dignos de tal nombre que en el mundo han sido.

Siempre que no sea en un cementerio católico, ni protestante, ni mahometano, ni budista, ni de otra religión cualquiera, me tiene completamente sin cuidado el sitio donde he de pudrirme.

Dado en Madrid á 12 de Mayo de 1913.

Firma y rúbrica.»
Creo que con este documento, que deposito en manos seguras, no habrá cura ni fraile que se atreva á molestarme después de muerto; mas por si me equivocase, recuerdo á todos los de España é islas adyacentes (si para entonces las tenemos todavía), que allá por el año 1897 parodié yo esta delicada seguiriya gitana:

Quando yo me muera,
mira que te encargo
que con la trenza de tu pelo negro
me aten las manos.

Y que la parodié en esta forma clara, expresiva, contundente:

Quando yo me muera
mira que te encargo
que no vengán ni frailes ni curas
á cantarme tangos.

Y que, por consiguiente, ni ellos, ni nadie tiene derecho á contrariar esta mi última, soberana, irrevocable, y en verso voluntad.

(Transposición se llama esta figura.)

J. N.

SER O NO SER

Ahora vamos á ver si es verdad que hay en España verdaderos anticlericales (mote púdic de anticatólicos).

El caso de Morote debe haber hecho pensar á todos, que de nada les servirá manifestar deseos de ser enterrados civilmente, si luego sus familias se conchaban con los curas para profanar sus cadáveres llevándolos al cementerio católico; pues está visto que la Iglesia arrambla ya con todos, sin distinguir de ortodoxias.

Si algún cadáver debió haber sido rechazado por la Iglesia, aun cuando su familia lo solicitara de rodillas, fué el de Morote: su Hoja de servicios contra el catolicismo es una de las más gloriosas del librepensamiento español. Y, sin embargo, ya hemos visto lo que ha pasado. ¿Quién, pues, se atreverá á creerse libre en adelante de una profanación igual? Nadie. ¡Ni yo!

¿Manera de evitarla? Muy sencilla: que todo individuo que aspire á entrar en una Asociación anticlerical cualquiera, se comprometa, por escrito y ante testigos, á que lo entierren civilmente, no admitiéndolo si no se allana á esta condición.

Y que los que ya estén dentro de cualquiera, firmen un documento colectivo, comprometiéndose á lo mismo; documento que se exhibirá ante quien corresponda en el momento oportuno, para que la voluntad del muerto sea respetada, á menos que no apostate á última hora en otro documento de autenticidad indiscutible.

Y el que se negare á firmar ese compromiso, que renuncie á intervenir en la creación de escuelas laicas, ni de formar grupos ni asociaciones anticlericales, ni de pertenecer á logias masónicas, etcétera, etcétera, y retirese á su casa á trabajar tranquilamente por su salvación eterna: así no se darán á cada instante espectáculos que deprimen el ánimo de los convencidos, y dan pretexto á los clericales para burlarse, y con mucha razón, de nosotros.

Como á nadie se le obliga á declararse enemigo de la Iglesia, ninguno de los que tal hagan puede quejarse con justicia de que se le exija que demuestre con actos, y no sólo con palabras, que efectivamente lo es.

Quejarnos de las farsas de los católicos en lo suyo, y sostenerlas nosotros en lo nuestro, nos acreditaría de más farsantes que ellos.

Con una desventaja: que ellos representan sus farsas con su cuenta y razón, pues viven de ellas, y á nosotros no nos producen más que disgustos y perjuicios, lo cual nos da patente de necios.

Fingir religiosidad para buscar medros en la política, adelantos en la carrera ó medios de fortuna, farsa es, pero tiene su compensación; mientras que fingir irreligiosidad para cerrarse casi todas las puertas, y verse calumniado, cuando no perseguido, es, además de farsa también, necedad imperdonable.

Así, rada: el que no se comprometa á celebrar actos civiles, ya que ahí es donde le duele á la Iglesia, que no disguste á sus papás, sus señoras ó sus hijas acudiendo á manifestaciones anticlericales; váyase con los católicos en vida, ya que con ellos ha de unirse en muerte.

Porque esto de ver que á un mitin anticlerical acuden en Madrid millares de individuos, y enterarse luego de que se casan por la Iglesia, bautizan sus hijos y entierran canónicamente sus muertos el noventa y nueve por ciento de aquellos tremebundos anticlericales, esto produce un desencanto horrible, y explica el porqué los clericales van ganando el terreno que nosotros vamos perdiendo.

Y como pienso continuar hablando de este asunto, cortaré aquí hoy.

Los impíos en la Iglesia

El entierro de Morote, como el de otros prohombres anticatólicos, nos ofrece á los anticlericales este punto á estudiar:

Todos ellos fueron en vida y en muerte notoriamente heterodoxos. Su voluntad incrédula, notoria también.

Su entierro católico constituyó, pues, una violencia; algo semejante á una violación. ¿Quiénes fueron los autores? No hay para qué negarlo: los autores fueron las familias y sus mejores amigos. Y esto es lo más grave y que más debe preocuparnos.

¿Porque cuáles violencias no serán menester, para inducir á los seres más queridos á infligir al cadáver tal ofensa!

Este agravio, ¿es una falta de moralidad, ó una sobremoralidad? Generalmente se discurre por lo primero.

Sin embargo de esta opinión vulgar y corriente, cabe discurrir también por la contraria. Los que en tal sentido opinan, no dejan de confesarlo con una frase: la necesidad fatal de la vida. Por donde venimos al reconocimiento de un orden superior al moral.

Es menester divulgar y hacer reconocer y sentir la ética de estos principios para formar y vigorizar la conciencia de los nuestros.

Por desgracia, llevamos treinta años de tolerancia legal para los actos civiles: para lograrla se libraron largas y cruentas batallas. Pedíase la ley como amparo y protección de las costumbres que llevábamos en idea en las conciencias.

Vino la ley y ¡como si no! Si no existiese esta tolerancia, no habría menos actos civiles. Quizás hubiese más, porque la prohibición excitaría el apetito y fortalecería las voluntades.

No hemos sabido transportar la ley á las costumbres. Y si tomásemos como metro del progreso religioso social el número de entierros civiles y de matrimonios, hallaríamos con sorpresa que en los siglos de atrás iban más muertos fuera del cementerio católico excluidos por la Iglesia, que ahora con libertad de no ir. Había más reos en los autos de fe, excomulgados de la Iglesia, que ahora individuos que lleven su valentía á fulminar y sostener con los actos el anatema que la conciencia liberal tiene lanzada contra aquella Iglesia infamadora y homicida.

Tales son los hechos.

Si buscamos su causa y razón, nos sa'drá la consabida necesidad que hace lícita al

impío la hipocresía, como al creyente le hace lícito disimular su fe.

Desastroso síntoma del desidioso y miedoso espíritu español sería este. Pueblo miedoso, que no tiene valor de no ser católico. Miedoso de la venganza clerical. Miedoso de la imbecilidad popular. Miedo absurdo y contagioso que produce en España el triste espectáculo de que apenas hay un católico sincero y entero, y en cambio no hay tampoco quien se atreva á dejar de serlo, fomentando el miedo en los demás con las propias cobardías.

No nos mortifiquemos por causa de esta cobardía fatal. Busquemos una razón que nos consuele y disipe la negrura de tal condición de villanos.

Este consuelo y razón no son del todo artificiales; algo hay de natural y formal en ellas.

Es el hecho de que la Iglesia haya renunciado á su disciplina, á su seriedad y aún á su honradez, arrinconando los cánones disciplinares y dogmáticos del caso. á fin de abrir las puertas del cementerio á los herejes y excomulgados. Unica condición que se exige, es suponer una conversión de última hora que nadie trata de comprobar.

Cierto es que en ello hay algo de infamante para el calumniado de claudicación, pero á cambio de esta supuesta infamia del difunto, la Iglesia comete la infamia mayor de pasar por ella en nombre de Dios.

De lo cual resulta á la postre, que ya no hay cementerio exclusivo de católicos, sino que es público y accesible á todos. Por la misma puerta y al mismo tiempo entran los cadáveres de la Hija de María y del herejarca.

Por tanto queda prácticamente resuelto por la Iglesia el problema que no se atrevió á resolver el Estado, de *laicizar los cementerios*. El clero se contenta ya con su administración.

Para ir á tal cementerio no hacen falta sacramentos, ni bulas, ni indulgencias, ni misas, ni observancia de preceptos, ni llamarse católico siquiera, ni abstenerse de luchar denodadamente contra el catolicismo. Basta la pamplina aquella.

¿Qué falta, pues, para la secularización perfecta? Simplemente la fórmula que lo diga y el rótulo que lo exprese.

En la práctica la Iglesia ha resuelto ya el problema.

R. MAYOL

Morote entre los católicos

Un condenado en el cielo debe ser cosa ó muy aburrida ó muy divertida, según y cómo lo tomen los santos del otro sexo.

Pues si hay opiniones de teólogos de que allí los sexos deben ser híbridos y habrán perdido la electricidad que ahora les atrae (estos teólogos debían estar hartos de carne), en cambio hay otros doctores que en eso no renuncian ni por Dios á los placeres de la carne, quizás por no haberse dado un hartazgo.

Jefe acérrimo y entusiasta de esta escuela es el jesuita Henríquez, á quien deben seguir todos los marianos y luisitae. El P. Henríquez vió ese cielo de cuerpos resucitados, hermosotes, frescos, de ju-

ventud perenne, libres de incomodidades, pues se nutrirían respirando, como las plantas, por los poros. ¡Merced negocio el de los luisos y luisas; un jolgorio eterno, sin cansancio ni fatiga, sin Patronatos de blancas, pues todas serán blancas, hasta las patronas. Sin Ligas de ninguna clase, y menos las antipornográficas, pues allí, sin los mismos padres jesuitas andarán sin hoja de parra, al igual que las abadesas. Y habrá que ver lo que vio el bienaventurado P. Henriquetz.

Pues bien. El caso es que en estas materias sexuales es cosa probada que lo raro es lo preferido y lo apetecido. Y... allá me veo al pobre Morote, «enemigo personal de Cristo», como él se decía, y que «tenía el honor de no ser católico», asediado por las *cuarenta mil vírgenes* y otras tantas víscas católicas, para quienes él será el cuervo blanco del paraíso, el apetecido y el buscado.

Y digo esto porque, ó sero de enterrar en el cementerio católico significa que Dios se lo ha llevado al cielo, ó no significa nada; y aun puede significar cosa de pésimo gusto. Pues si nada añade al signo de la salvación, ¿para qué se quiere el agua bendita?

Dejemos á los escritores ingeniosos discurrir sobre estos hechos con su gracia peculiar. Por mi parte, entiendo que Luis Morote, con su buen humor, temaría el hecho del entierro sagrado como asunto para una nueva profanación, del cual placer era apasionado culterano.

Y entiendo que entra en el cementerio católico, no como arrastrada víctima, sino como triunfante conquistador.

¿Que no? Veámoslo.

Sabido es que la Iglesia tenía cerradas á cal y canto las paredes de sus cementerios á todo profano. Sabido es el gran rigor con que, no sólo impedía la entrada, sino que arrojaba á los hipócritas que so capa de piedad se hubiesen colado en él. Y si acaso ocurría que alguien lograba introducir un extraño á la fe, la parroquia primero, el obispado, y si esto no bastase, el cibe católico entero gritaban: ¡profanación! ¡sacrilegio! Y habrían llevado la cosa á una guerra internacional si hubiese sido menester.

Tales fueron las cosas hasta ayer. Mas desde ayer, ahí me tenéis á nuestro simpático Luis Morote que aun en sus blasfemias era chispeante y delicioso, entrando en el cementerio católico con su sátira en los labios y su rebosante buen humor en el corazón, acompañado del Congreso de la Nación, de ministros y ex-ministros de la Corona, de la Prensa y del Pueblo todo, y diciendo á los católicos vivos y muertos:

—Sí, señores. Soy enemigo personal de Cristo. Tengo el honor de no ser católico. Y aquí me tenéis acompañado y honrado del Estado católico, como no lo serán Mella, ni Cerraibo, ni Senantes. ¿Y lo consentís? ¿Y no me arrojáis á antorchazos? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde tenéis vuestro furor? ¿Dónde la aljaba de los anatemas? ¿Dónde la bilis de vuestros hisopos?

Y este es el verdadero sentido social del entierro: un sacrilegio solemne con todas las de la ley.

No hace un mes que Morote había asumido ante el Estado inquisitorial concordado la representación anticristiana por excelencia: la de los judíos expulsados como deicidas. Y aún añadía que le parecía poco; que él iba más allá.

Y ese, el archi-heraldo de los judíos en cuanto tienen de anticristianos, ese es el que ha entrado triunfalmente en la Santa Necrópolis.

El sacrilegio ha sido solemne y será perpetuado hasta el fin de los siglos. Esto es, que diariamente, cuando los clérigos ofrezcan la misa por los difuntos allí enterrados, comulgará en las mismas oraciones y ofertas el impío Morote, blasfemando con su impenitencia deliciosa confirmada por toda la eternidad por el dogma católico que así lo enseña á sus fieles.

Cada oración será sacrilegio. No podía esperar Morote tal campanada en su funeral.

Si los muertos hablan en el cielo y allí está Morote, ¡vaya una zambra la que armará! Y si hablan en el cementerio los cadáveres, según cuenta la Iglesia que hablaron tantas veces, á fe que están servidos los difuntos católicos de aquel cementerio: la condesita congreganta que tendrá á su derecha; D.^a Berenguela la Presidenta que estará á su izquierda; la colegiala de enfrente y la sacristana del otro lado... Y si le tocan algunos frailes cerca ¡buena la van á tener!

¡Las pestes que los beatos habrán echado y estarán echando á estas horas contra el obispo de Madrid y contra el párrroco del distrito!

¿Qué farsa es esta—dirán—de predicarnos una cosa y hacer otra? ¿Dónde está la vergüenza? ¿Dónde el respeto á los fieles? ¿Qué burlas son estas? ¡Es esto una Iglesia ó la tramoya de Maese Pedro?

Y el obispo por su parte les dirá:

—Amiguitos: vivir para ver. Antiguamente quemábamos á los herejes y dábamos sus huesos á los perros. Hoy la Iglesia los recoge para nutrirse con ellos. ¡El hambre, señores, el hambre! También muchos perros buscaron huesos que antes habían despreciado.

R. M.

DESPUÉS DE MUERTO

Hemos asistido espiritualmente al entierro de Luis Morote.

Con el alma popular madrileña se ha confundido nuestra alma en el mismo sentimiento de dolor.

No hemos despedido al duelo oficial en el sitio de costumbre.

Callados, llenos de infinita angustia, hemos seguido el fúnebre cortejo hasta el Cementerio.

No hemos querido abandonar á nuestro excelente amigo y compañero.

Ya en la triste mansión de los muertos, en medio de la religiosa paz de los sepulcros, hurtada nuestra presencia á la vigilancia del conserje, nos hemos puesto á contemplar, entristecidos, la tumba que ha recibido los despojos del gran periodista.

Por un fenómeno inexplicable de auto sugestión, hemos creído sentir ruido dentro de la sepultura, una como especie de dulce y amorosa lamentación.

Nos ha parecido oír que hablaba y que decía:

«Me ha sorprendido la muerte, el imperio de esta *gran sombra*, que llamó Víctor Hugo, tan de repente y con arides tan traicioneros, que no creí entregarme tan pronto en el descanso eterno de sus brazos. No dispuse nada de mi entierro por que, conocidas de todos mis ideas en materias religiosas, creí que se hubiera respetado el pensamiento de toda mi vida.

«No es que me estorbe ni me sirva de pesadumbre esta tierra bendita como toda la tierra, que mis labios besan. Tolerante fui en vida con todas las ideas. Rendí culto, culto fervoroso, al librepensamiento. Fui practicante contumaz de la religión universal del amor y del trabajo.

Por ella sacrificué toda mi existencia. En ella eduqué á mis pobres hijas, esas niñas que dejo en medio de la corriente del mundo, confiadas á su propia virtud y abroqueladas en la firmeza consistente de las sólidas enseñanzas que las inculqué. No estoy mal, porque tengo la creencia de que esta tierra, ungida por el óleo de una confesión positiva en la que yo no comulgué nunca, no ha de hacerme ningún daño, porque ella, como su hermana la de enfrente (aludiendo á la del Cementerio civil), es madre amantísima en cuyo regazo arrulla á sus hijos con dulzura en el eterno sueño de la muerte.

No se ha respetado mi pensamiento. ¿Qué le voy á hacer! Yo, sin embargo, hubiese respetado el del adversario. Yo, si hubiese agonizado cerca de mí un creyente y hubiese pedido los Sacramentos y no hubiera tenido quien en su auxilio fuera más que yo, volando le habría llevado el sacerdote á la cabecera del lecho, le hubiera ayudado yo mismo al oficiante, si me temer hubiese sido, á dar el Viático y la Unción, y muerto el paciente, yo mismo, piadosamente, le hubiera cerrado los ojos y habría ordenado que lo enterraran en tierra católica, porque esa había sido su creencia y en el seno de su confesión había expirado.

Como hubiera querido que hubiesen hecho conmigo, conmigo, que he rendido mi tributo á la muerte sin abdicar un ápice del sentir religioso de toda mi vida, totalmente extraño á toda clase de liturgias ni de confesiones positivas.

Pero no guardo rencor. Con el mismo amor que viví para los demás hombres, beso esta tierra, no la maldigo; que sólo me da decir puede á la tierra que nos alimenta el que en ella vive como parásito en función de fariseo.»

Hemos asistido espiritualmente al entierro de Luis Morote y nos hemos confundido con el alma popular madrileña en el mismo sentimiento de dolor, y con ella hemos llorado por el gran artista.

EMILIO RODRIGUEZ

En el cementerio civil

Un artículo de Luis Morote

Guardábamos este hermoso artículo como oro en paño, para darlo al pie de la fotografía del proyectado mausoleo que guardará el cadáver de Salmerón. La muerte de su ilustre autor, del queridísimo Morote, nos hace adelantar su publicación. Se lo inspiró á Morote la visita que hizo al cementerio civil, cuando se enterró á Pí y Arsuaga, el 20 de Marzo de 1912. Lo envió á *La Publicidad*, y lo reprodujo *La Noche*, que entonces dirigía Morote. Nueva ofrenda para el querido amigo sea la lectura de su bellísimo artículo:

—¿Va usted al Cementerio?

—Sí, voy al Cementerio, porque yo quería mucho á Pí y Arsuaga.

—Pues lléveme usted en su automóvil.

Y en el automóvil de Natalio Rivas, secretario de Instrucción pública, montamos él y yo, camino del Cementerio civil. Natalio me contaba que siendo él todavía estudiante allá en 1883 á 84, asistió al entierro civil de D. Estanislao Figueras. Era un día de Noviembre, frío como este día de Marzo, y al Cementerio civil fueron los prohombres del republicanismo español. Hubo discursos, varios y muy elocuentes discursos. Y D. José Carvajal habló mejor que nadie á la multitud congregada en torno del féretro del primer presidente de la República española.

Natalio Rivas, con su buena memoria, se sabe de coro el discurso de D. José Carvajal. Parece que le estoy viendo y oyendo, me decía. La figura de Carvajal se prestaba para impresionar á un estudiante como yo. Con su lengua barba blanca semejava á un patriarca bíblico. Y enaltecía, en párrafos sonoros, bellos, la historia de aquel gran parlamentario que se llamó Figueras. «Cuando os digan que aquella es una tierra sagrada (señalando al Cementerio católico que está enfrente) y esta no lo es, contestad que no es verdad, replicad que se engañan. Toda tierra es sagrada si guarda el sueño de una alma pura.» Y seguía recitándome párrafos de aquel discurso el simpático Natalio Rivas.

En estas y en las otras llegamos al término de nuestro viaje, pues todo viaje en automóvil resulta siempre muy breve. El *chauffeur* enfiló para el Cementerio católico y tuvimos que advertirle que se había equivocado. Era el otro, el pequeñito, aquel donde nos dirigíamos. Sin duda, el *chauffeur* no concebía el que un automóvil oficial pudiera ir al Cementerio civil.

En la puerta del Cementerio civil nos saludó el administrador, que representaba allí al Municipio de Madrid. Es de Córdoba el administrador; reconoció en seguida á Natalio Rivas, y juntos los dos se pusieron á hablar de cosas de Andalucía. Nos sirvió de *cicerone* y nos hizo recorrer todo el Cementerio.

—¿Cuántos se entierran aquí al cabo del año?

—Pues cuente usted á razón de siete ú

ocho cadáveres al mes... El año pasado fueron 96.

—¿Y en el católico?

—En el Cementerio católico catorce mil.

—Nos acercamos al sepulcro de Pí y Margall. Es un mausoleo, obra del malogrado Félix La Torre, con las líneas sobrias y hermosas. Allí descansan Pí y Margall y su mujer. El murió el 29 de Noviembre de 1901, ella en 1903, no le sobrevivió más que dos años.

—¿Y enterrarán aquí á su hijo?

—No; el cadáver del Sr. Pí y Arsuaga tendrá que ser enterrado en tierra y en una sepultura contigua. No cabe en el mausoleo de sus padres.

Recuerdo bien el día de la inauguración del monumento. Fué un día de Junio de 1907. Hacía un calor terrible, y Félix La Torre organizó la ceremonia del traslado de los restos del egregio Pí y Margall. Habló Félix La Torre, y en sus palabras vibraba el legítimo orgullo de haber rendido aquel homenaje á su jefe. La masa blanca de la hermosa obra arquitectónica brillaba al sol. Y allá, en un rincón del Cementerio, sentado en una silla, completamente ciego, se veía al ilustre anciano Eduardo Benot, que no tardó mucho tiempo en acompañar á su amigo Pí en el reposo eterno.

Con nuestro *cicerone*, el administrador del Cementerio civil, lo fuimos recorriendo. Junto al monumento á Pí y Margall, el monumento agrietado y ruinoso levantado á Chies. Dimos la vuelta por detrás del primero, y empezamos á encontrar las sepulturas de hombres ilustres en la ciencia y en la filosofía. Aquí Urbano González Serrano, el recio extremeño, el gran orador, el discípulo predilecto de Salmerón; allá Laureano Calderón, uno de los catedráticos más sabios de España, químico notable, tan notable que pudo enseñar en Strasburgo, cuando la reacción restauradora obligó á Giner, á Azcárate, á Salmerón, á huir de la patria. ¡González Serrano! ¡Laureano Calderón! Me traen á la memoria años felices de mi primera juventud, cuando yo iba al Ateneo viejo de Madrid y me pasaba allí la vida estudiando, trabajando.

Vimos luego la sepultura de Chao, uno de los ministros de la República del 73, en aquel Gabinete que se llamó «canariarra» —en aquel tiempo se sacaba partido de todo— porque figuraban en él Pí, Tutau, Chao, etc. La inscripción, como en las demás sepulturas, es sobria y sencilla. Nada de epitafios rimbombantes que suelen poner en ridículo á los muertos.

—¿Y la sepultura de D. Nicolás?

—Vamos á ella; está allá abajo... Pero antes tenemos que ver otras muchas.

Y, en efecto, guiándonos nuestro *cicerone*, comenzamos á registrar el Cementerio cara á la carretera. En primer término vimos una porción de sepulturas con nombres extranjeros, de ingleses, de alemanes. Son restos de protestantes que no se enterrarían en parte alguna si no hubiera este humilde Cementerio civil. Y por los epitafios, bien se descubre que se trata de seres que pertenecieron en vida á la religión evangélica. Nos detuvimos ante uno de ellos. Sobre el mármol blanco destacan caracteres gruesos de letras negras: «Cree en Jesús y serás salvo». Era para recordar las palabras de Carvajal, replicando á los que dicen que esta no es una tierra sagrada. Esta invocación tan ardiente á Jesús no es frecuente, y aun es muy rara en el otro Cementerio.

Pasamos por delante del busto de Sojo, el director del famoso semanario *Don Quijote*. Contemplamos con asombro y con cierto consuelo las tumbas de muchas mujeres. Toda proporción guardada, hay más que hombres. No temieron los prejuicios sociales, el qué dirán. Se mantuvieron firmes en sus convicciones, sea por ellas mismas, sea por acompañar en su postrer viaje á los seres queridos con los cuales compartieron vida y amor. De todos modos, es un hecho bien significativo.

En aquella piadosa visita, Natalio Rivas se quedó parado, leyendo un epitafio, ¡Qué tierno, qué delicado!, exclamaba. Me acerqué y leí yo también. La inscripción la había dictado una madre, y se la dedicaba al fruto de sus entrañas. Decía así: «Hijo mío, no estás solo; el pensamiento de tu madre te acompaña.» ¡Qué verdad más profunda! Las madres son las que no olvidan nunca, las que conservan siempre como un tesoro el amor y el recuerdo de sus hijos.

Por eso hay tantas tumbas de mujeres. No quieren separarse de sus hijos, de sus esposos, de sus padres. Y la tierra piadosa reconcilia, al fin, con ósculos silenciosos á los que profesaron distintas ideas religiosas. «El pensamiento de tu madre te acompaña». Es la única verdad de este mundo: el amor de las madres. Amor eterno.

Por fin llegamos á donde está enterrado Salmerón. Un mármol blanco, y allí esta sola palabra con letras grandes: «Salmerón». Debajo, «provisional», lo cual quiere decir que algún día tendrá una sepultura digna de él, un monumento funerario consagrado á la memoria por la admiración nacional. Y yo pensaba que, de haberse trasladado sus restos á Barcelona, como lo pidieron cuando su muerte los diputados catalanes, ese monumento ya lo tendría. ¿Quién lo merece más? ¿Quién trabajó con mayor ahínco por la reconstrucción de la patria? ¿Salmerón! Es el orgullo de un país, la gloria de un siglo, el emblema de otra España que aún no ha llegado á vivir. El muerto inmortal espera la realización de sus sueños. Quería levantar á España de su postración, y España lo persiguió con la blasfemia de llamarle mal español.

Retrocedemos, y yo, sin poderlo remediar, me he puesto muy triste, no sólo por el recuerdo de esas injusticias, sino también por el hecho de que entre tales cenizas de hombres grandes, puros, nobles, está como perdida, sin inscripción, pero está, la sepultura de Morral. Y no quiero decirle á nadie el mundo de pensamientos que me sugiere ese hecho, que constituye acaso una agresión en aquel lugar de paz eterna.

Después, y al regresar, hemos visitado la tumba de una hija de Nakers, y la tumba de una hija de Morayta, nos hemos detenido ante el sepulcro del inolvidable Benot, y hemos contemplado una vez más el monumento que el Congreso de Libre-pensadores levantó á la memoria del pobre García Vao...

El País

LUIS MOROTE

He recibido estos días una carta de mi querido amigo y correligionario Ramón Vall, de Ontñena, en que me envía copia de la que él dirigió en 30 de Marzo del año último al autor del hermoso artículo anterior, copia que tengo mucho gusto en reproducir.

Carta abierta

Señor D. Luis Morote. Muy señor mío: He leído su elocuente y razonado artículo «EN EL CEMENTERIO CIVIL.—Al enterrar a Pi y Arsuaga», inserto en *La Publicidad* de Barcelona correspondiente al 24 de Marzo; y al notar la amargura con que describió aquel lugar de reposo; al hacer comparaciones entre ambos cementerios; al deducir las causas, y en cierto modo lo que pudiéramos decir responsabilidades de los que en vida se llaman librepensadores para luego entregar su cuerpo al clericalismo y darle con ello importancia y soberanía, crea usted que—aunque no debía sorprenderme—un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y un doloroso convencimiento vino á confirmar el presentimiento que hace muchos años abrigo, de que, si, como espero, soy el primero en ir á reposar al Cementerio Civil de este pueblo, allí estaré solo, y quizá con el tiempo irán mis huesos esparcidos por aquél á manera de corral cerrado, que hasta ahora sólo ha servido para enterrar los fetos humanos y criaturas nacidas muertas, que antes la crueldad religiosa hacía sepultar fuera del cementerio católico, con exposición de que las fieras y los perros los hicieran pasto de su voracidad. ¡Y para esto llevo treinta años de sacrificios, de trabajos de propaganda!

Porque aquí, como en Madrid, hay gentes muy vividoras, y el ¡qué más da! es tan cómodo en las aldeas como en las capitales.

Ya en una ocasión dije algo de esto en el semanario *El Rebelde*, de Barbastro, con motivo de la muerte de un querido correligionario, que, fuese por lo que quisiera, la Iglesia hizo el sepelio y funerales del amigo á pesar de sus convicciones. Y es que casi nunca tienen la culpa los muertos. Son los que quedan los que se acomodan al medio ambiente que domina.

Aquí hace veinticuatro años que se consuyó el Cementerio Civil, y aunque desde entonces han muerto muchos librepensadores, espiritistas y ateos, absolutamente divorciados de la Iglesia romana, nadie ha ido á iniciar la emancipación de ultratumba, y eso que estoy seguro que muchos de esos no hubieran consentido su entierro eclesiástico de poderlo ellos disponer. Verdad es que debieron con tiempo prevenirse haciendo testamento que dispusiera esa su última voluntad; pero aun así creo que algunos hubieran ido donde fueron, por conveniencias de los que quedaban entre los vivos.

Hay correligionarios tan inocentes ó ilusos, que creen que autorizando á varios amigos, pueden éstos, contra la voluntad de la familia ó deudos del difunto, sepultarlo civilmente; yo no lo veo así. Si la familia se empeña, de nada sirven las precauciones, porque además de contar con el apoyo oficial y clerical, nadie ha de ir en momentos de dolor á aumentarlo con sus pretensiones en contra. Eso sólo saben nacerlo los modernos fariseos.

Lo único que en mi concepto cabe para en plazo más ó menos largo evitar lo que hoy sucede, es crear escuelas neutras, educar á la juventud. Las escuelas oficiales, en su gran mayoría, son una calamidad. Me acaban de dar una noticia que lo demuestra. Una señora maestra ha puesto á las niñas de su escuela un período gramatical para analizarlo, que dice: «La Inquisición fué un tribunal instituido para conservar

pura y sin mancha la religión y las costumbres.» Ello sólo se comenta.

Creemos buenas escuelas y adelantaremos seguramente. Miremos lo que hacen los frailes: atraerse la juventud. Por desgracia los que vivimos en las poblaciones pequeñas no nos preocupamos de política ni religión más que cuando somos adultos, cuando tenemos voto, máxime los que no ostentamos carrera alguna, es decir, que vivimos de nuestro continuo trabajo manual. Así resulta que de niños, y aún de mozos damos buen eontingente á la clericalidad. Evitemos esto creando escuelas libres, ya que el Estado no seculariza la enseñanza, y secularizaremos el cementerio.

Ahora bien: para fundarlas se necesita algo más que buena voluntad. Donde hay pocos y pequeños elementos se tropieza siempre con la dificultad que ofrece la reunión de medios. Aquí se ha intentado varias veces, y aunque han fracasado las gestiones no nos damos por vencidos. Pero creemos que lo más eficaz sería fundar una Sociedad Nacional, con directores como usted, Nakens, Pey Ordeix, y algunos otros señores de prestigio, la cual comprendiera todas las Sociedades de todos, los pueblos y ciudades reunidas, y pagando una cuota mensual y obligados á seguir contribuyendo, iríamos creando escuelas á medida que se reunieran fondos. Una vez en marcha, cada localidad sostendría las suyas.

Y ahora, expuesto rudamente mi pensamiento, habrá de perdonarme el atrevimiento de dirigirme á usted en la forma que lo hago en gracia á la intención que me guía. No quiero perder la ocasión de levantar mi voz, por humilde y poco autorizada que sea, en pro de la libertad de conciencia, pues voy viendo que cuanto más andamos estamos más lejos del objeto de nuestros cariños y afanes, y ya el pulpo clerical con sus horribles tentáculos está haciendo presa hasta dentro de la familia librepensadora.

De usted atento s. s. q. b. s. m.

RAMÓN VALL

A continuación de lo transcrito, pone Vall estos renglones:

«¡Quién había de decirme, cuando escribí esa carta á Morote, que él sería el primero en caer en manos de la bestia negra!

Agradecería á usted, amigo Nakens, que hiciese público en *EL MOTIN* el sentimiento que la muerte de Morote me ha causado, y la indignación que me ha producido la profanación de su cadáver!»

Mir é Ignacio literatos

El que fué el último alumno de los 32 que formaron el curso de aquel año, siendo sámulos del colegio de Santa Bárbara, no podía aspirar á gloria mayor que la de ver su nombre esculpido en la fachada de Santa Genoveva, como eminente en letras. Ni el acusado de hereje infatuado, por la Inquisición, podía soñar jamás en verse propuesto en serio como doctor de la Iglesia universal.

Que él no cambió nunca de opinión, lo dicen sus hijos. ¿Cómo cambiar, si estaba inspirado de Dios, y Dios no se contradice, por más que lo parezca?

Por más inverosímil que se nos haga, ello es así.

Por más que tales honores sean capaces

de seducir al menos tentado de la vanidad, á buen seguro que habría pocos dispuestos á ganar tales momios con el trabajo que le costaron á nuestro héroe.

Era, por tanto, muy expuesto á caer bajo la crítica del P. Mir, literato insigne y competente, juez de oposiciones á cátedras, etc., un personaje que, como Ignacio, se metía con el académico con aquellas pretensiones de letrado.

No podía dejar de caer en sus manos, ni podía dejar de salir mal librado de ellas. Así fué que Mir hizo de Ignacio sobre este particular hondos y minuciosos estudios, que al parecer no tuvo ocasión de llevar al papel. Algunas de sus conclusiones nos ofrece en su obra, en la cual demuestra tener tal conocimiento de la voz escrita de Ignacio y estar tan familiarizado con su tonillo y metal, que, al simple oído de una frase en la tertulia jesuítica, dice enseguida:

Ese es Ignacio... Ese es otro.

Con este procedimiento ha hecho el análisis de muchos escritos, que nos deja calificados.

Para que se pueda apreciar la paciencia, tenacidad y precisión de puntería de este colosal trabajo de Mir, contaré una anécdota muy expresiva:

Hablábamos de la capacidad científica y artística de Ignacio y de las pretensiones jesuíticas de ponerlo como clásico, y me dijo:

«No he contado el número de ideas, pero sí el de palabras que formaban su lexicon. Son unas 300. Las ideas no serán muchas, si es que se pueden llamar ideas los pocos doctrinales de su sistema».

Ignoramos si esta frase la habrá estampado en algún libro. Si no, la cosa es de tanto bulto, que sería lástima se perdiese este juicio, cuyas pruebas escritas debió tomar Mir para la confección de la cuenta. Con este juicio, competente por demás, es posible evitemos algún proyecto, posible en España, de declarar á Ignacio presidente honorario y patrono de la Academia de la Lengua.

La caridad de los jesuitas

La famosa quiebra que hicieron los jesuitas de Sevilla en 1645, que dió tanto que hablar como la del P. Lavalette en la Martinica, y que produjo un río de lágrimas en Andalucía, puso al descubierto innumerables fraudes y trapicondas de los padres, una de las cuales vamos á referir aquí por no ser conocida, descubierta por D. Juan de Sanfelices de Guevara, del Consejo Real de Castilla y Presidente de la Real Audiencia de la misma ciudad.

Dicho señor, al conocer en la causa y proceso que se formó por los acreedores del colegio de San Hermenegildo de Sevilla contra los jesuitas, hizo que se le entregaran todos los libros de cuentas y administración del colegio, y por ellos descubrió que los jesuitas estuvieron estafando durante treinta y nueve años á don Rodrigo Barba Cabeza de Vaca la renta de 3.306 ducados que le había sido dejada por su tío D. Juan de Montalvo, de la cual se incautaban ellos, teniendo en cambio la gran caridad de darle 300 ducados al año en concepto de limosna.

El fraude se descubrió porque entre los libros entregados al citado real consejero para su examen, había uno titulado *Libro de las obras pías secretas*, el cual se leyó

atentamente hoja por hoja, y en él estaban consignadas todas las *caridades* que hacían los Padres y las cuentas que los procuradores del colegio habían dado á los Provinciales en sus visitas, todo firmado y autorizado por ellos. En un libro había estas palabras: «Es preciso transigir con D. Rodrigo Barba Cabeza de Vaca, hasta la muerte del beneficiado Juan Seguer de Velasco, y cuando éste haya muerto, hay que cerrar la puerta en absoluto al citado D. Rodrigo de Barba, como si jamás se hubiera tenido trato alguno con él.» Al final del libro había esta advertencia:

«Nadie debe tener conocimiento de este libro, ni de los bienes y rentas de este colegio, sino los procuradores, el rector, el Provincial, y los consultores de la provincia.»

Incurrido el presidente de la Audiencia por estas frases, hizo comparecer delante de sí al Hermano Andrés del Villar, procurador del citado colegio, que estaba detenido en el convento de San Francisco, á D. Rodrigo Barba y al beneficiado Seguer, y habiéndoles tomado juramento de decir verdad les mandó declarasen todo lo que habla concerniente á este asunto y fué lo siguiente:

Que hacía treinta y nueve años un caballero llamado D. Juan Montalvo, uno de los veinticuatro de Sevilla, había regresado muy rico de las Indias, y que una joven le había formado proceso para que la declarase su heredera, alegando que era hija suya, y habiendo caído enfermo llamó á un jesuita del colegio de San Hermenegildo, con el cual se confesó y arregló su testamento; y sabiendo que era en absoluto falso que fuera hija suya la mujer que le había demandado, quiso arreglar sus cosas de modo que al morir ignorase aquélla cuántos eran sus bienes muebles y dinero. Con este fin se hizo el arreglo siguiente: con sus bienes inmuebles que no se podían ocultar creó un mayorazgo en favor del sobrino de D. Juan, que era el citado don Rodrigo, y si al morir el proceso se fallaba en su favor, ó la mujer desistía de su pretensión, entonces el resto de su fortuna, que eran 85.000 ducados, se añadiese al mayorazgo y pasara á manos de su sobrino, y entretanto los dejaba en depósito en manos del jesuita su confesor, y así constaba de un escrito firmado por él y el jesuita. De la renta de este dinero se hablan de deducir 800 ducados anuales para dotes de doncellas pobres, redención de cautivos y dar de comer á los presos en ciertos días. Murió D. Juan de Montalvo, y habiendo hecho los herederos una transacción con la mujer que le puso pleito, mediante la entrega de 10.000 ducados, y habiendo llegado el momento de que el confesor entregara su depósito, éste no lo quiso hacer jamás, ni después que murió los demás jesuitas del colegio, que se crearon con los 85.000 ducados una renta de 3.300 ducados anuales. Gracias á la bucarrota de hermano Villar se descubrió este despojo, y D. Juan Sanfelices remitió al rey y al Consejo de Castilla una copia del testamento y todos los demás papeles, declaraciones y verificaciones concernientes á este asunto, y visto y examinado, todo el Consejo ordenó á D. Juan Sanfelices pusiera al dicho D. Rodrigo en posesión de la fortuna de que había sido despojado por los jesuitas, restituyéndole, además, todos los frutos y rentas.

Los trescientos ducados que le estuvieron dando todos los años en concepto de *limosna*, decían que lo ha-

biéndoles dejado un pariente suyo un fondo para una obra de piedad, creían era muy justo la emplearan en él, que era un caballero pobre; pero ya se sabe por las palabras que constaban en aquel libro, que tenían el designio de hacer con él esta caridad hasta que muriera el beneficiado Seguer, que conocía todo este negocio por ser primo del testador D. Juan Montalvo, y que no podía vivir mucho, porque cuando se puso esta nota de suprimir esta limosna ya tenía el cura ochenta años.

También se descubrió por el citado libro que los 800 ducados anuales para dotes de doncellas, etc., que dejó el testador, se los entregaban los jesuitas á sus hermanos de la casa profesa de Sevilla para su regalo.

Todo este vergonzoso despojo, rigurosamente histórico, consta en el proceso que se formó á los jesuitas de Sevilla por su quiebra fraudulenta y se halla en los folios 30 al 60.

Hay que reconocer que la caridad de los jesuitas es inagotable: se quedaron con 85.000 ducados para dar 300 al año al que era dueño legítimo de todo, y eso como *limosna*.

FRAY GERUNDIO

La lámina de hoy

¡Despertad, presbíteros!

Salid ya de este letargo y de ese profundo sueño en que ha tiempo estáis sumidos, mis queridísimos clérigos. Despertad, abrid los ojos; ved que porvenir más negro se os presenta en lontananza si no acudis al remedio. ¿No véis tanto y tanto fralle como anda por esos pueblos espintándose la *mosca* á vuestros propios *ovejos*, y cómo sacan millones para edificar conventos de donde jamás vosotros lograsteis sacar un céntimo? Ellos os birlan las misas que producen más dinero, las ofrendas, donativos, y los sermones y entierros. De seguir así las cosas, serán los fogones vuestros paseos para los gatos por los expedidos y frescos. Veréis vuestras *hacenas* convertidas en desiertos, y á las *amás* y sobrinos *flucchos* y *macilentos*; y, para colmo de afrenta, llegaréis, andando el tiempo, á ir á mendigar la sopa sobrante de los conventos. ¡Con qué júbilo los Padres, orondos y satisfechos, abandonando la celda saldrán al portal á veros engullir la ruín *bazofia* que un gordo y macizo lego extrae con pesado cazo de los hirvientes calderos! ¡Qué gozo para los frailes el ver humillado al clero!

¡qué afrenta para vosotros!
¡qué alegría para ellos!

.....
Mas ¿dejaréis por incuria que se llegue á tal extremo? ¿no sabréis uniros todos en defensa del puchero? ¡Despertad! ¡Guerra sin tregua á vuestro enemigo eterno! Hoy podéis vencerle; acaso mañana no será tiempo.

Aplausos usurpados

Un niño de trece años, que no se descubrió al pasar el día 2 de Mayo ante una procesión que impedía el tránsito por las calles de Gijón por padecer una enfermedad en la cabeza, se vió atropellado por un católico (suple bárbaro), quien le quitó la gorra violentamente, quedándose con ella. Lloró el niño, le detuvieron, lo llevaron á la Inspección de Vigilancia, y de allí pasaron la denuncia al Juzgado.

¡Y pensar que los franceses nos están elogiando en estos momentos por liberales y progresivos!

¡Bien se la estamos *diñando*, como decía el gitano.

Un país donde ocurre esto, tiene derecho á gritar á los rifeños:

«Venid á civilizarnos, para ver si logramos un día merecer los aplausos que ahora nos prodigan inconscientemente los franceses.»

BENEFICENCIA

Si yo fuera Vice-Sumo Hacedor y pudiera imponer mi voluntad con alguna mayor eficacia que Nicolás de Montenegro á sus súbditos, lo primero que haría, después de derogar el decreto de Romanones sobre el Catecismo, sería reunir á los organizadores de la fiesta del día 3 y preguntarles seriamente:

—Vamos á ver: ¿qué cantidad necesitan ustedes para acabar con la tuberculosis?

M: figuro que, antes de contestar, se verían en calzas prietas. Eso de acabar con la tuberculosis sería muy fácil, si se supiera cómo. En tanto que se ignore, hay que contentarse con evitar que se propague y con cuidar á los enfermos de la mejor manera posible. Mi nueva interrogación no se haría esperar.

—¿Qué cantidad es á ustedes precisa para que todos los tuberculosos estén cuidados de la mejor mane:ra posible?

Nueva vacilación y nuevo rodeo. En Madrid solamente mueren al mes unos doscientos tuberculosos. Suponiendo que no muera sino el diez por mil, que ya es morir, hay, por lo menos, en la capital unos veinte mil atacados por el infame microbio de Koch. Para atender á estos enfermos serían precisos, próximamente, unos doscientos Sanatorios.

Averiguado que cada Sanatorio para cien personas no cuesta sino cien mil pe-

estas, el remedio estaría en la mano. Cuerpo de tall! ¿Hay sino organizar docientas fiestas como la de las Flores y reunir los fondos necesarios á obra tan pladosa y humanitaria?

Durante casi un año todas las señoras madrileñas pasarían el día en la calle, tocadas de mantilla, ofreciendo á los transeúntes margaritas de celuloide. Los muchachos aplazarían sus estudios y se dedicarían á concertistas. Una vez transcurridos los doscientos días, no habría sino dedicar poco más de un mes en cada año para gastos de sostenimiento, y quedaría resuelto el problema. Para remediar grandes males no hay como ser Vice Sumo Hacedor.

Lo malo es que en Madrid no hay solamente tuberculosos; hay también enfermos cardíacos. No hay razón alguna para que estos desventurados no tengan Sanatorios. Sería preciso hacer nueva cuetación. Un trimestre más de fiestas traería á la sierra Puente Viego. Pero ¿y los cancerosos? ¿No son hijos de Dios? ¿Y los diabéticos? ¿Y los gastrálgicos? ¿Y los neuróticos? ¿Y los que padecen cualquier otro género de dolencia? Aterra pensar el número de piezas del género chico que tendrían que repetir los organillos y las arrobos de celuloide que habría que convertir en margaritas para hacer frente á esta endiablada patología, que convierte á Madrid en una de las ciudades más amenas de todo el Continente europeo.

Una vez averiguada esta desconsoladora verdad, no me quedaría otra solución que consultar con mi jefe inmediato, El Supremo Hacedor es reservado; es éste uno de sus no me atrevo á llamarles defectos. Dijo lo que dijo hace siglos, y no gusta de nuevas consultas. Lo probable es que yo saliera de la Sala de Audiencia tan desconsolado como al entrar, y que los Doctores llamados á capítulo no me sacaran de mi perplejidad.

—Señores—les diría, por necesidad de decir algo:—está visto que si hemos de acabar con las epidemias á fuerza de festejos, tenemos tela bien cortada hasta la consumación de los siglos. Me parece harto más hacadero llevar al presupuesto la cifra que sea menester, y dejarse de socialinas y bullangas. A ustedes les será indiferente dirigir Sanatorios públicos ó privados, y no tendrán empeño especial en hacerlo á los gratos acordes del *Conde de Luxemburgo* ó de *Los cadetes de la reina*. De este modo los estudiantes podrán dedicarse á repasar sus apuntes, y las bellísimas hijas de familia á sus domésticos menesteres. La calle quedará despejada, si no hay procesión ó revista, y aquietadas las escarcelas. En resolución: no hay festejos; en cuanto á la tuberculosis, ustedes, que son listos, vayan pensando en una vacuna y haciendo lo posible porque la higiene particular no esté reñida con los impuestos y las desigualdades económicas.

Claro es que todo esto lo diría si yo fuera Vice-Sumo Hacedor; siendo cronista, ni por asomo. Hay que vivir con

todo el mundo, y no es cosa de disgustar á los aficionados á organillos. Decir á todo «amén», arrimarse al sol que más calienta, prodigar elogios á diestro y siniestro, es el medio más acertado para vivir amado de todos, disfrutar de regular fortuna y morir con la bendición de Su Santidad. Criticar los ajenos desafortunados enajena no pocas simpatías y lleva aparejadas amargura y pobreza.

Conste que retiro lo dicho y que pueden ustedes contar con este servidor humilde si hay que adorar algún altar ó alguna mesa de petitorio.

ANTONIO ZOZAYA

El Liberal.

Dieciseis en cuarenta años

Mal que pese á los pacifistas, no ha habido menos de 15 guerras desde 1870, que son las siguientes por orden cronológico:

- Guerra entre Rusia y Turquía, 1878.
- Expedición francesa á Túnez, 1881.
- Expedición francesa al Tonkín, 1885.
- Expedición francesa á Madagascar, 1895.
- Guerra entre Grecia y Turquía, 1896
- Guerra entre China y el Japón, 1896.
- Guerra entre Italia y Abisinia, 1897.
- Guerra entre España y América, 1898.
- Guerra entre Inglaterra y el Transvaal, 1899.
- Expedición inglesa al Sudán egipcio, 1899.
- Expedición internacional de China, 1900.
- Guerra entre Rusia y el Japón, 1905.
- Expedición francesa á Marruecos, 1908.
- Expedición española á Marruecos, 1909.
- Guerra entre Italia y Turquía, 1911.
- Y la que todavía colea entre los Estados Balkánicos y Turquía.
- Se puede añadir á esto la larga expedición alemana contra los Herreros en 1905.

Vaticianismo restaurador (1)

Principia con Cánovas, el muy obediente prisionero del más acarlistado y neoe de los clericalismos, que abre las puertas de España á los jesuitas, tan de par en par como pudieran hacerlo las de una casa de lenocinio; que renuncia al *exequatur* á que teníamos derecho sobre los documentos de la Santa Sede que aquí pretendieran entrar, y que le sacrifica brutalmente los conyugales lazos, civil y legalmente contraidos antes del advenimiento de la Restauración; y precipitándose por el vaticanista despeñadero, le abandona nuestras mejores regalias, pone á merced de la cogulla, instrumento servil del papado, el examen de las condiciones de las ternas de obispos, que el

Estado envía á Roma, en lugar de las propuestas impersonales á que teníamos indubitable derecho. Y toca su plenitud en los actuales momentos reanudando sus relaciones con Roma; ¿para que se cumpla el Concordato en la parte que sería el rechinar de dientes de todas las órdenes no concordadas? No: para ponerse incondicionalmente á las órdenes de ese extranjerío poder y para suplicarle que ordenase á sus sacristanescas huestes de aquí que perdonaran la vida á ese gozquecillo chillador que ha puesto los pelos de punta á esas tan peregrinas damas, invencibles amazonas del vaticanismo hispano.

Si aquel Fernando V que ordenó á su virrey de Nápoles que ahorcara al legado del Papa donde quiera que le hallase, y aquel su tan legendario nieto que mandó á su insigne condestable de Borbón ir sobre Roma para castigar ejemplarísimamente sus innumerables culpas, contemplaran ese estrago, sería indecible su asombro.

Veritas
(J. DE LA HERMIDA)

(1) Fragmento tomado del primer volumen que ha de figurar en mi Biblioteca de la luz, en muy cercano día.

Indiscutible

- ¿Cuál es la santa más torera?—Santa Lidia.
- ¿Y la más musical?—Santa Tecla
- ¿Y la más incivilizada?—Santa Bárbara.
- ¿Cuál es el santo más fiero?—San León.
- ¿Y el forastero en todas partes?—San to Tomás de Aquino.
- ¿Y el más grande?—San Máximo.
- ¿Y el más corto de vista?—San Casimiro.
- ¿Y el que jamás será derivado?—San Primitivo.
- ¿Y el más pequeño?—San Tito.
- ¿Y el que es dos veces santo?—San Sancho.
- ¿Y el más odiado entre los hombres casados?—San Cornelio.
- ¿Y el más divertido?—San Pascual Bailón.
- ¿Y es el más credulo?—San Cándido.
- ¿Y el más riguroso?—San Severo.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradados y cobardías», «Cartas y dedicaciones», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Pufiado de ironías», todas por Nakena.

EL MOTIN



Espectáculo que quizás veamos en España dentro de poco.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

	<i>Pesetas.</i>
<i>Suma anterior</i>	2732'17
Avelino González (Orense-Cudeiro)	0'50
Una señora admiradora de don José Nakens, de Pamplona.	10'00
Doctor Edelmiro Blanco (Covarrubias)	1'00
Prudencio González (Quintanilla de las Viñas)	0'50
Julio Alonso Marcos (La Bañeza)	5'00
César Seoane (idem)	5'00
José Llopis (Colonia Rosal)	5'00
J. M. F. (Barcelona)	5'00
J. Segarra (Vall de Uxó)	1'20
Manuel Delgado, 0'50.—Juan Soltero, 0'50.—Feliciano Ortega, 0'50.—Juan Barrero, 0'50. Juan Charneco, 0'25.—Benito Vazquez, 0'30.—F. Ramírez Millán, 0'25.—Joaquín Guerrero, 0'25.—Sebastián del Can, 0'25. Joaquín Ruiz, 0'25.—Eugenio López, 0'15. (Todos de Silos de Calañas)	3'70
Diego Lazo (Valverde del Camino)	0'50
Benjamín Comes Fabiá (Alcira)	2'00
Ch. de la Argentina	50'00
Manuel Pinillos (hijo) (Sevilla)	1'00
Un grupo de 32 correligionarios de la calle de la Lealtad, (Madrid) á 0'50 cada uno	16'00
José Peñeyro, 1'00.—A. V. M. 3'00.—J. M., 1'00.—J. S., 0'25. E. Villanueva, 0'25.—José María Blanco Avilés, 2'00.—J. J., 2'00.—José Pagés, 1'00.—Rafael Vilalta, 1'00.—A. M. de Vilalta, 0'50.—A. Vilalta, 0'50. R. Vilalta, 0'50.—A. Vilalta, 0'50.—E. Vilalta, 0'50.—L. Vilalta, 0'50.—T. Vilalta, 0'50. R. Vilalta, 0'50.—H. de Vilalta, 0'50. (Todos de Barcelona)	16'00
Mariano Flores Román (Talavera la Real)	1'00
Lisardo Arlandis Coñon, 1'00. Juan Vallet Armengod, 1'00.—Juan Vallet Martí, 1'00. (Los tres de Cullera)	3'00
Rumón Jaime, 2'31.—Pascual García, 4'62.—López Anay, 4'62.—José Pérez, 2'31.—Jesús Rivera, 2'31.—Arman Carreiras, 2'31.—Celestino Velo, 4'62. Emilio Fons, 2'31.—Vicente García, 2'31.—Pedro Fernández, 2'31.—Manuel Vidal, 2'31. Eduardo López, 2'31.—Juan Filgueira, 2'31. (Todos de Buenos Aires)	36'96
<i>Suma y sigue</i>	2895'53

<i>Suma anterior</i>	2895'53
Francisco Llauradó (Pont de Armentera)	3'00
Angel Delgado, 0'25.—Rafael Sánchez, 0'50.—Francisco García, 2'00.—Un monárquico liberal, 0'50.—Un ex-seminarista, 1'00.—Ramón Prieto, 0'50. Antonio López, 0'25.—Manuel Casares, 0'50.—Francisco Ferrer, 0'50. (Todos de Fuente Vaqueros)	6'00
M. Tamariz (Osuna)	5'00
Gabriel Cortínez (Piñeres)	10'00
Galo Calahorrano, 1'00.—Hipólito Calvo, 1'00.—Angel Ortigosa, 1'00. (Los tres de Herce)	3'00
Indalecio Dávila, 1'50.—Segundo Madrigal, 1'50.—Anastasio González, 0'50.—Zacarias Moro, 1'00.—Gregorio Madrigal, 1'00.—Emeterio Izquierdo, 1'00.—Gregorio Oliver, 1'00.—Felipe Pérez, 1'00. (Todos de Rueda)	8'50
José Riveira Peña, 5'00.—Ramón Rodríguez Prendes, 5'00. Mon y hermano, 10'00.—Juan Paz Pena, 1'00.—Antonio García Peña, 3'00.—Cayo Zubidia, 2'00.—Alejo González, 2'00. José Sil, 2'00.—Antonio Uria, 2'00.—Benigno Rodríguez, 1'00. Fernando Vázquez, 1'00. (Todos de Camagüey Cuba)	34'00
Aurelio Piedra, 5'00.—Francisco Toca, 5'00.—Miguel Bobolla, 12'50. (Los tres de Santander)	22'50
Juan Torres (Bermeo)	4'50
Sociedad librepensadora «Voltaire», 10'00.—Domingo Hernández Carmona, 2'00.—Enrique Arroyo y Ruiz, 1'00.—Ismael Guerra Fernández, 1'00. Juan Pérez Cabrera, 1'00.—Guillermo Santiago Casañas, 1'00.—Manuel Pérez Cabrera, 1'00.—Andrés Rodríguez Méndez, 1'00.—Luis F. Gómez Wangüemert, 1'00.—Amando Cabrera Jorge, 1'00.—Uno, 1'00.—Uno, 1'00.—Manuel Rodríguez Acosta, 1'00.—Francisco Lozano Cutillas, 1'00.—Manuel Perera Pérez, 1'00.—Hermenegildo Rodríguez Méndez, Presidente de la Junta Republicana, 1'00.—«Pi y Margall», sociedad librepensadora dependiente de «Voltaire», 8'00.—Juan Martín Pérez, 1'00. Félix Pérez Martín, 0'50.—Sebastián Moreno de Paz, 0'50.—Augusto Brito, 0'50.—Buena Ventura Díaz, 0'50.—Manuel Perera, 0'50.—Miguel Martín Pérez, 0'50. (Todos de Santa Cruz de la Palma Canarias)	38'00
Varios socios de la Vallesana de Grancellers	1'00
<i>Suma y sigue</i>	3031'03

<i>Suma anterior</i>	3031'03
Edmundo Castro (New York)	5'50
Joaquín Lavín (S. Francisco de California)	10'60
Clemente Ruiz (idem)	10'60
Vicente García Guillén (Orihuela)	2'00
Ricardo García López (idem)	1'50
José Gonzalvo, 2'00.—Mariano Sasot, 1'00.—Policarpo Calvo, 1'00.—Ramón Vall, 1'00.—Ambrosio Gallinad, 0'25.—Juan Buisan, 0'50.—Nicolás Buisan, 1'00.—Pascual Serrano, 0'25.—Francisco Buefan, 0'25.—José Consola Gonzalvo, 0'15.—Mariano Gallinad, 0'25. Vicente Calvo, 0'50.—Un grupo de amigos, 1'85. (Todos de Ontiñena)	10'00
Justo Zotes (Benavente)	5'00
Fernando Aguilar (Illescas)	5'00
<i>Suma y sigue</i>	3081'23

La caridad mecánica

Hace pocos días ha ocurrido en el hospital provincial de Madrid lo siguiente, que relata Eduardo Zamacois en un hermoso artículo titulado *Los hombres por dentro*:

«Una pobre mujer fué trasladada en camilla desde la casa de Socorro de Cuatro Caminos al Hospital general. Teniendo presente que desde Cuatro Caminos al hospital media más de una legua, puede calcularse en dos horas el tiempo empleado por los camilleros en recorrer el camino. Cuando llegaron al hospital era medio día. Un empleado les salió al encuentro.

—¿Qué traéis ahí?

—Una enferma.

—Pues ya podéis llevárosla, porque no hav camas

Discutieron los tres hombres. Los camilleros, fatigados, bañados en sudor se negaban á recoger su convoy. A ellos les ordenaron conducir aquel a enferma al hospital, y así lo hicieron; habían cumplido «su deber» y no estaban obligados á más.

—¿Es verdad ó no es verdad?—decían.

Realmente, nada se les podía reprochar, aquellos hombres sudorosos estaban colmados de razón. Por su parte los porteros del hospital también discurrían con arreglo á derecho. ¿Qué iban á hacer si no había camas?...

Cuando tomaron posesión de su cargo el señor director les dijo:

—Aquí tienen ustedes estas cien camas ó doscientas... ó las que fuesen. Mientras haya una desocupada están ustedes obligados á admitir al enfermo que llegue provisto de los requisitos necesarios. ¿Me han comprendido ustedes?...

—Perfectamente, señor director.

Pero en el caso presente no había «ninguna cama libre», y por tanto, ellos, negándose á admitir á la enferma, se limitaban á cumplir las órdenes recibidas. La discusión fué larga; ya sabemos el gusto que los meridionales tenemos en hablar; y al cabo, convencidos empleados y camilleros de que á todos asistía ese «derecho» que da el cumplimiento del «deber», lle-

eran á un acuerdo. El acuerdo consistió en dejar la camilla con la enferma dentro en un rincón del saguán. Los camilleros se marcharon ufánamente, con la alegría de la carga soltada y del deber cumplido; los empleados fuéronse á desempeñar el suyo; y la infeliz paciente, allí, muriéndose, entre aquellos hombres—excelentes padres de familia, sin duda—para quienes la caridad es como un traje á medida de la ordenanza.

Transcurrían las horas. A cada momento, el personal del hospital que entraba y salía reparaba en la camilla.

—¿Hay alguien?—preguntaban.

—Sí. Una enferma que trajeron de la casa de Socorro de Cuatro Caminos. Se conoce que no podían tenerla allí...

—Ya... ¿Y por qué no la acuestan!

—Porque no hay camas...

Y, entre tanto hombre, nadie protestó, nadie se indignó, nadie se detuvo á pensar en que era bárbaro, era inhumano dejar morir así á una mujer, de frío, de hambre... acaso de espanto si la infeliz llegaba á medir el horror de su situación.

Pasó mucho tiempo.

A las siete de la tarde el juzgado giró su visita.

Por fortuna no era sólo un juez quien llegaba; era también un hombre; mejor dicho, un hombre futuro, un hombre ideal.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Una enferma.

—¿Por qué la tienen ustedes aquí?

—Porque no hay camas.

El señor juez se enfureció.

—¿Pues habilitese una cama en seguida!

Alguien se atrevió á objetar:

—El régimen del establecimiento nos prohíbe que...

El señor juez no le dejó concluir:

—¿Que reformen el régimen! Necesito una cama inmediatamente. ¡Lo mandol! ¡Pronto!...

¡Oh! Y qué dulces, qué paternales de bían de resonar aquellas frases despóticas en los oídos de la paciente á quien el rigor de su mal, la debilidad, el frío, habían privado de habla...

Los empleados claudicaron.

—¡Ah!... Si el señor juez lo dispone así...

En sus espíritus lacayunos, en sus almas sin emoción, sin caridad, dóciles únicamente á la voz de mando, la idea «del deber» reapareció. Y, como por ensalmo, hallaron un sitio abrigado donde colocar un lecho; y hubo colchones y sábanas... y vino un médico...

Entre la caridad ejercida por deber ó por esperanza de premio, y la que se practica por impulsos del corazón, hay la diferencia que entre la flor perfumada y la flor de trapo. Parecen lo mismo y se diferencian en todo.

¡A IMITARLOS!

Un periódico de Tokio publica un interesante despacho de la isla Formosa conteniendo dramáticos detalles sobre el suicidio de diez monjes budistas, que detestaban el mundo y sus pompas y vanidades.

Prendieron fuego al templo, y cuando el edificio estaba convertido en una inmensa hoguera, comenzaron á elevar plegarias, y todos juntos se precipitaron en el enorme brasero, dejándose devorar

por las llamas sin demostrar el menor sufrimiento.

Estos, éstos sí que son monjes de verdad, despreciadores de la vil materia y anhelosos de bañarse en los oceanos de luz deslumbradora y eterna que la fe ofrece á los espíritus sinceramente religiosos.

Comparadles con los de otras religiones que aparentan despreciar el mundo también, y que, lejos de mortificar su cuerpo para que no adelgace su alma, lo ceban groseramente, dándole toda clase de gustos pecaminosos, y decidme dónde está la perfección.

Sabido es que yo combato á nuestros curas y nuestros frailes constantemente y en todos los tonos, y que si en mi mano estuviera suprimirlos, lo haría con mucho gusto y fina voluntad.

Pues bien; á pesar de esto, juro que si los viera quemar sus templos y arrojarse á las llamas con la fe que esos de Formosa, los aplaudiría entusiasmado y los animaría, por ser hombre que admiro todo aquello que es grande, aunque lo realice mi mayor enemigo; y hasta puede que (aun cuando esto no me atreva ya á jurarlo), me atreviese á declararme católico.

Imiten ellos á los budistas, *pero todos, absolutamente todos*, y cuando no quede ya ni uno para muestra, quizás... tal vez... acaso... quién sabe... es posible... que comience á pensar en si debo ó no hacer ese gran sacrificio.

Con que ya lo sabéis, señores curas y caballeros frailes; de vosotros depende mi salvación eterna. Si me condeno, culpa vuestra será.

Y ¡ay de aquellos que, teniendo en su mano salvar un alma, consienten que se pierda, por no hacer un pequeño sacrificio! Ellos darán de cabeza en el infierno, donde arderán por los siglos de los siglos. Amén.

CONSTANTINO

Conmemoran estos días los católicos la fecha en que Constantino, convertido al cristianismo, abrió las puertas del poder á los que decían ostentar como dogma de su religión las doctrinas del hijo del carpintero de Nazaret.

Divinizado, ó casi divinizado hoy por los clericales, el nombre de aquel déspota danza de mente en mente y de boca en boca, como otro héroe legendario de la redención humana, y el mundo, más aún, los que con la cruz negocian, pronuncianlo con reverencia santa y lo presentan como sér semisobrenatural y divino.

Ocasión, pues, es esta de reproducir los datos más salientes de su personalidad, para que no se llame á engaño á aquellos que, incautos, de buena fe creen en las falsas historias que los fariseos insertan en periódicos y revistas.

De Constantino dice el ilustre escritor Carlos Malato:

«Asesinó un sinnúmero de personas,

entre las cuales figuran un sobrino, su hijo y su mujer. Era un astuto desequilibrado que, avaricioso del poder, dió muerte á toda la raza de Majencio y á cuantos adversarios le parecían peligrosos. Crímenes los cometió á centenares.»

Otro escritor célebre trazó un cuadro horrible de las exacciones del fisco bajo su católico reinado: «He visto, dice, á pobres seres que alzaban las manos al cielo en actitud de súplica, diciendo que nada les quedaba; pero sus lamentos no condolan la bárbara avaricia de la gente que Constantino tenía empleada en el fisco. Los lupanares, abundantes, pagaban el oro lustral, impuesto que se percibía cada cinco años; el esclavo y el mendigo no tenían donde reposar, veíaseles en las sentinas y en los estercoleros. Aplicábase el látigo y el tormento á la extrema indigencia que no tenía con qué pagar. La esclavitud se multiplica; los padres vendían á sus hijos y prostituían á sus hijas para pagar el impuesto.»

Otros autores dicen que Constantino no sintió nunca el cristianismo. A este efecto señalan que no quiso recibir el bautismo hasta los últimos días de su vida, por más que fingía ser partidario de las nuevas doctrinas. Dudó siempre de la remisión de los pecados posteriores á la recepción de aquel sacramento.

Era un sér asqueroso. La lepra hacía estragos en él, y marchando á la par con esa repugnante enfermedad, su corazón de fiera desconocía los humanos sentimientos y cometía todos los actos más execrables y sanguinarios. El pueblo le odió tanto que vióse precisado á trasladarse al Bósforo y fundar allí otra capital que llenó de templos atiborrados de imágenes, para que los incautos ensimismados en la contemplación de los ídolos de la nueva religión, no se preocuparan de la expoliación de que seguían siendo objeto.

Su cinismo le hizo ver que aun así podía despertar el pueblo del letargo en que le tenía sumido su fanatismo, é inventó algo que fuera objeto de controversia y salió aquello del misterio de la Trinidad, que llevó á maltraer á las multitudes. En el interior de las casas, en las calles, en las plazas públicas, en todas partes no se hacía más que discutir el Verbo, y mientras estas discusiones groseras, las más de las veces, inflamaban á las masas, el emperador absorbía la vida de sus súbditos, arrancándoles á mansalva tributos ignominiosos que, si sembraban la miseria de las inocentes multitudes, llenábanle á él de goces y á sus secuaces los obispos de holguras y bienestar.

Tal fué á grandes rasgos ese que, como decimos antes, considera la Iglesia como fundador del catolicismo oficial.

El Clamor.

Castellón.

Más sobre Constantino

De Constantino dice un historiador: «Entre él y el fin perseguido no ha

blía escrúpulo alguno en la elección de medios, con tal de reinar, y reinar solo, con tal de alcanzar el imperio, fin de sus ansias ambiciosas, habría sacrificado á la humanidad entera.

»Rapacísimo y corrompidísimo alentó y favoreció la corrupción pública, el latrocinio y las extorsiones fiscales para enriquecer á la Iglesia, sumiendo en la miseria á todo el imperio.

»Constantino tiene todos los caracteres morales del degenerado y del delincuente nato: vanidad, afeminación, ambición, insensibilidad, megalomanía, volubilidad, prodigalidad.

»Su corte era la corte de la pompa, del fausto, de la molición asiática. Se cubría con una ostentosa vesta de tela rara, de varios colores, rica en extrañas recamaduras de oro. El manto estaba por completo adornado con piedras preciosas; llevaba al cuello una sarta de ricas piedras; en las muñecas brazaletes de inestimable valor, con campanillitas de oro; en la cabeza una espesa cabellera postiza suelta, de cuatro colores, verde, azul, púrpura y amarillo, terminada por una pequeña diadema de brillantes, diamantes y rubíes y otras piedras de raro mérito y gran valor, con cuya diadema, dice Aurelio Vittore, se ciñó siempre la cabeza...

»Ambicioso y megalómano, hizo estrangular á todos sus colegas en el imperio (eran tres) para imperar solo.

»Su volubilidad de carácter se hizo proverbial. El pueblo la sintetizó en una frase concisa y significativa: *accem annis praestantissimus, duodecim sequentibus latro, decem novissimis pupillus. ob profusiones immodicas nominatus.* (Durante diez años fué modelo de emperadores; bandido los doce años subsiguientes; pupilo al fin, los diez años de su reinado á causa de su desenfrenada profusión de gastos.) (Leonardo Centouze).

Perjuro y violador de sus más formales promesas y juramentos, lo fué según el mismo Eusebio Zóximo.

Hay más: suspicaz hasta eliminar en masa á sus amigos, inocentes, que en su furia considera enemigos conspirando contra él.

De todos los delitos de Constantino fué cómplice su madre, la *pia* Elena.

En el año 309 repudió á su primera mujer, Minervina, de humilde origen y que por ello no convenía á sus aspiraciones de emperador único.

Después de haber estrangulado á Maximiano Ercole, su abuelo, envenenó á Diocleciano, su tío, degüello á su cuñado Massensio y á sus hijos, sus nietos, y degüello asimismo á su cuñado Bassano, marido de su hermana Anastasia.

Se desembarazó también de Licinio, su colega en el imperio, que le hacía sombra, desterrándolo á Tessalónica, después de hacerle renunciar á la púrpura imperial, en cuya ciudad es asesinado.

Eutropio, al hablar del asesinato, escribe lacónicamente: «Licinio fué muerto *contra religionem sacramenti.*»

El hijo de Licinio corrió la misma

suerte. Preso por los servidores de Constantino después de la batalla de Crisópolis en casa de su madre, Constanza, no obstante los juramentos de Constantino de que le será devuelto vivo, es enviado á casa de la atribulada madre estrangulado.

Flavia Máxima Fausta, mujer de Constantino, es ahogada en una tina de agua hirviendo por orden de su esposo.

Flavio Julio Crispo, primogénito de Constantino, de cuyas raras virtudes, talento, nobleza y valor se hacen lenguas todos los historiadores de la época, Eusebio, Juliano, Eutropio, Zóximo, Vittore, despierta los celos y la iracundia de su padre.

Constantino, con ocasión de solemnizarse el año 325 el vigésimo aniversario de su reinado, que debía celebrarse con gran pompa en Roma, hace prender á su hijo Crispo y cargado de cadenas lo envía á Pola en Italia, donde fué asesinado. Y Constantino, el emperador cuya memoria exaltan los clericales, continuó cínicamente tomando parte en las solemnes fiestas en su honor.

¿El clericalismo reivindica para sí el honor de tener entre los suyos á Constantino, emperador; lo pretende canonizar la Iglesia?

Se lo regalamos: buen provecho les haga.

PIO DIEZ

La constantinianada y la "browning"

También aquí hemos tenido fiestas constantinianas. El jolgorio no ha revesado, ni de mucho, la importancia que en Madrid.

Nada de cruces ni luminarias. Todo se ha reducido á una solemne función religiosa en la catedral y á una procesión por las calles de la ciudad.

Este acto ha sido el más importante. Con él se quiso hacer una demostración de fuerzas reaccionarias. Constantino y su edicto de Milán, que los periódicos de la derecha se han guardado muy bien de publicar, eran lo de menos; fútil pretexto para amenazar á los poderes públicos y entonar un trágala á los liberales.

Se procuró que á la procesión constantiniana concurriera el mayor número de gente posible. Para este objeto se expidieron órdenes episcopales á los pueblos cercanos requiriendo en Barcelona á todos los beatos y curas montaraces.

Los carlistas, los regionalistas, los amigos de Maura y La Cierva, el Comité de Defensa Social y las señoras de Estropajosa, trabajaron desesperadamente para esplendor de la procesión. Sin embargo, no asistieron á la misa más allá de unas 16.000 personas entre mujeres, hombres y niños. Predominaron las primeras, haciendo poco honor á la proverbial belle-

za de las catalanas. ¿Pero de dónde diablos sacó la clerigalla á tanta mujer fea?

En verdad os digo—estilo bíblico—que las constantinianas del domingo, día de la procesión, eran, salvo alguno que otro ejemplar de buen ver, positiva, estricta y deshonestamente feas. Fué una exposición de errores de natura, que Castelar hubiera llamado ensayos de generaciones más perfectas. Caras de mujer animalizadas, hembras sin gracia ni encanto algunos, matronas obesas y deformes, jóvenes doncellas bigotudas, secas, sarmentosas, sin seno y sin caderas, marimachos y escuchimizamientos de la especie; tal fué la representación femenina que el catolicismo intransigente mandara á la procesión constantiniana.

Los hombres que en ella vimos, cantando como energúmenos, hacían, en lo físico, digno «pendant» con las mujeres. Salvo también raras excepciones, los «constantinianos» del domingo parecían «borradores humanos», y sus semblantes bastotes y repulsivos, tenían estigmas. El ángulo facial de algunos era el mismo que el del chimpancé. La mirada de los más daba miedo por lo dura y cruel. Sentimos pena, aunque no extrañeza, al ver entre esa gente á todos los concejales regionalistas de Barcelona; aquellos señores que, quince días antes, se habían negado á asistir á la jura de la bandera. Al pasar, cirio en mano, recordamos, involuntariamente, por supuesto, que el señor Cambó, en su discurso de Tarragona, dijo que el partido regionalista no era conservador, sino liberal y forjado en las ideas modernas.

En semejante manifestación clerical no podían faltar los jaimistas. El «requeté», y viejos ex guerrilleros de la última guerra civil, asistían á la procesión uniformados militarmente, con la boina al hombro y el garrote en la diestra. Además, en el bolsillo llevaban la «browning», y es mucha cosa que, sabiéndolo el señor gobernador de la provincia, no ordenara un cacheo en la puerta de la catedral.

Y de cómo se produce esa gente que está en estrecha é íntima relación con Dios, que nos quiere educar y moralizar á todos, y que tantas lecciones de acendrado cristianismo recibe en iglesias, colegios religiosos, centros católicos y sacristías, lo dicen sus periódicos, bendecidos por el Papa y el obispo de la diócesis.

Vayan, como muestra, los siguientes recortes de un periódico jaimista, cuyos redactores contribuyeron eficazmente al mediocre éxito de la procesión constantiniana. Dicen así:

«Que nada ni nadie ose mancillar el nombre de nuestro Caudillo; que no haya sapeo que se atreva á croar entre nosotros, sin que nuestro pie se pose en su barriga; que nunca más nadie pueda disputarnos el título de amos de la calle.

»Contra los conservadores, el salivazc; contra los liberales, el cachete; contra los republicanos y ácratas, el garrote.

»Rindamos culto á la violencia, sea-

mos bárbaros y como bárbaros luchemos; incluyamos entre los objetos de nuestros amores á esa arma bendita que con el nombre de «browning» es justicia cuando en manos de un hombre justo se halla.»

De otro periódico, muy devoto también:

«Todos mañana á la procesión, con la «browning» en el bolsillo. Si un liberal se atreve á mirarnos despreciativamente, perforarle las tripas. El Dios justo está con nosotros».

Después de esto, hacen bien los católicos fanáticos en pedir la exclusiva de la enseñanza.

En la escuela laica no se ejercitaría á la juventud en el manejo de la «browning», ni aprenderían un lenguaje tan soez y tabernario como el de esos defensores del trono y de la llamada legitimidad, ejercicio y lenguaje por lo visto muy necesarios para el triunfo de la religión de nuestros mayores.

La procesión del domingo, sólo de religiosa tuvo el nombre. Fué un acto marcadamente político y reaccionario, una provocación á los sentimientos liberales de Barcelona.

Como los clericales siguen provocando de esta manera, á ciencia y paciencia de los Gobiernos «liberales», ocurrirá aquí un día una verdadera batalla campal, ó una nueva semana trágica.

ADOLFO MARSILLACH

Barcelona.

Policías clericales

Hermosa *papalina* lucía por las calles de la Coruña un presbítero, describiendo esos, dando camballadas, imitando al Redentor en lo de las caídas, pues dió tres morrocotudas, é insultando á los guardias.

Cansados éstos de sufrirle, decidieron por fin detenerle y conducirlo á la Inspección de policía, donde lo pusieron inmediatamente en libertad.

Ya lo saben cuantos en la Coruña quieren insultar á los guardias y armar escándalo; pónganse un manto de cura y nada les pasará.

La sctana y el hábito frailuno son hoy los trajes más á propósito para cometer impunemente en España toda clase de fechorías.

La cola del Catecismo y el obispo de Tuy

Se firma de la siguiente manera: «*H. Va leriano, obispo de Tuy*»; y debe estar pagadito de sí mismo, lo cual es muy propio de quien tan bien cobra del Estado.

Su Epístola la copia *El Debate* del día 8: es larga y además farragosa.

Ese obispo debe ser aquel que ya otra vez se alzó contra Romanones por lo del decreto del matrimonio civil.

Habla cual todo un obispo, es decir,

tratando al primer ministro del rey como ninguna clase, porque hartos y sobrados tenemos en nuestra naturaleza viciada.»
 «Pezo señor obispo! ¿Qué chavacnería de lenguaje es esa, en un documento público? Pase que á solas con sus canónigos, emplee imágenes tan vulgares, ya que los de ese oficio no se distinguen por su cultura; pero no, dirigiéndose á personas ilustradas.
 ¡La cabra!... ¡El monte!... Ni el llevar cayado autoriza á usted á expresarse de ese modo. Esto aparte de que la *cabra* hace pensar en los cabritos, y los cabritos en... sus papás, y sus papás en los fieles... ¡y, vaya, que no puede ser! ¡Ovejas!; ¡Borrégos!... Bien... Son animales lanudos y propios para ser esquilados... ¡Pero cabras!... ¡Por Dios, señor obispo! No tire usted al monte como esos animales sobre que las brujas cabalgan, y cuya figura toma el diablo cuando preside sus asambleas.

«El decreto sobre el Catecismo, es legalmente nulo. Su aplicación será un acto de violencia y de despotismo.»

(Y la recaudación del impuesto de culto y clero, ¿qué es? ¿Puede haber nada más violento y despótico que obligar á los que no creemos á mantener los curas?)

«Esto da lugar á pensar que obedece á algún móvil extraño y oculto.»

(Y la salida del obispo de Tuy, no menos arbitraria, ¿á qué móvil oculto obedece? Porque en las cosas episcopales sabido es que hay siempre trastienda.)

«Es obra de la impiedad: la verdadera opinión ha sido cruelmente burlada.»

«De la opinión católica forma parte la de los obispos...»

(¡Alto ahí, monseñor! Lo menos que EL MOTIN puede pedir á usted es que no disparete episcopalmente; y eso de opiniones episcopales y no episcopales en el catecismo, huele á cismático que trasciende. ¿No está condenado el «espíritu privado» en la Iglesia? Pues ¿qué opiniones católicas fuera de la episcopal, ni qué ocho cuartos?)

«¿No se podría sospechar que V. E. ha querido burlarse de la Santa Sede?»

«¿Y no podría decirse que vucencia se burla igualmente de la Dinastía?»

Al llegar aquí el obispazo se siente obispo, y toma este papel, que un buen fiscal de la Inquisición acusaría de sospechoso de *libelista*.

¡Fjense bien los periodistas, porque es un finísimo arte de injuriar... y guardar la mitra.

«No lo diré yo—dice—porque ni lo creo. (Pues á qué demonio lo escribe si no lo cree?) porque eso no se consentiría impunemente, á no ser que en España se hubiera acabado la casta de los hombres dignos...»

¿Verdad que ese párrafo, más que de un obispo, parece de algún demagogo? ¿Qué entenderá el obispo por «casta de hombres dignos»? ¿Será la casta suya? Y ¿cómo castigarían al Primer Ministro del Rey? ¿A lo Pardinás? ¿A lo D. Rodrigo Calderón?...

«Ha de haber muchos que crean que lo que busca (el Conde) es consolidar su situación personal, aunque para luego corran algunos riesgos la Dinastía reinante y la Monarquía...»

(¡Por Belcebú!... ¿Qué oigo...? ¿Qué que rra decir el ilustre superlativo obispo? Dos riesgos indica; uno para la dinastía reinante... Esto, es poner en puerta la otra dinastía no reinante. ¡Viva D. Jaime! Y si don Jaime no lo remediare, el obispo le dice al parecer: «Corre riesgo la Monarquía...»

Esto último puede ser posible, si no comienza pronto á desterrar obispos y expulsar frailes.)

Y aquí viene un párrafo monumental: «Para favorecer las tendencias de la izquierda, no se necesitan ni reyes, ni magistrados, ni gobiernos, ni presidentes, ni leyes, ni autoridades de ningún género. *Hacia la izquierda tiramos todos, como la cabra tira al monte*, sin que nadie nos llame; sin que se nos presenten estímulos de

ninguna clase, porque hartos y sobrados tenemos en nuestra naturaleza viciada.»

«Pezo señor obispo! ¿Qué chavacnería de lenguaje es esa, en un documento público? Pase que á solas con sus canónigos, emplee imágenes tan vulgares, ya que los de ese oficio no se distinguen por su cultura; pero no, dirigiéndose á personas ilustradas.

«Y son todavía menos los que encuentran en su voluntad bastantes energías para dominar los malos instintos y atemperarse á los dictados de la recta razón y á lo que demandan los buenos principios sociales.»

«Y son todavía menos los que encuentran en su voluntad bastantes energías para dominar los malos instintos y atemperarse á los dictados de la recta razón y á lo que demandan los buenos principios sociales.»

«Y son todavía menos los que encuentran en su voluntad bastantes energías para dominar los malos instintos y atemperarse á los dictados de la recta razón y á lo que demandan los buenos principios sociales.»

Pero, (qué, ¿así estamos á los veinte siglos de cristianismo? Pues no veo la ganancia de la redención, ni percibo el más débil rayo de la luz de la verdad que vino á traernos. Esto sin contar con que en los párrafos esos hay una herejía radical, del tamaño de la mitra de Toledo, pues queda negado el dogma: «fuera de la Iglesia católica no hay salud posible...» Y entonces ¿para qué sirve la gracia de Dios, por la cual pagamos seiscientos millones anuales?)

«Por ello, la misión de los Gobiernos es fomentar el bien con los poderosos recursos de que disponen, y reprimir el mal con suavidad y firmeza por medio de leyes justas y apropiadas á la condición de los gobernados, empleando en último término la fuerza material para impedirlo en cuanto es posible, ó para castigarlo después de cometido. Para ello tiene un auxiliar eficazísimo en la religión, especialmente en la católica.»

—(¡Alto, alto, alto!

Pero, señor obispo de Tuy, ¿es usted maniqueo, budista, monista, escéptico ó qué diablos es? Porque, señores hay que leer bien eso: «la religión, cualquiera que sea, es un auxiliar poderoso...» Toda religión: las disidentes y las contrarias. En tal caso ¿por qué no enseñar en España los catecismos de todas?

Leed, leed eso, impíos: no dicen tanto los protestantes.

Y sigue el obispo diciendo de la religión *in genere*, que «con sus enseñanzas, sus preceptos y su sanción divina y eterna induce á los creyentes á la observancia de las leyes y al respeto á las autoridades y les retrae de cometer acciones punibles en daño de sus semejantes. La falta de cultura religiosa, que es casi la única que el pueblo puede adquirir, y la que mejor suple la carencia da toda otra, y la incredulidad que de esta

falta resulta combinada con los estímulos de la concupiscencia carnal, producen *hombres fieras*, como los de la semana trágica de Barcelona, y *los que entre los escombros de Messina, arruinada por el terremoto, buscaban cadáveres de mujeres para profanarlos libidinosamente.*

Los párrafos esos son tan ilógicos como desatinados. Invocar el respeto á las leyes en un escrito destinado á soliviantar los ánimos contra las autoridades, es un contrasentido; y hablar de *hombres fieras* un representante de la religión que más víctimas ha causado en el mundo, es hasta gracioso inclusive.

Porque díganos ese señor obispo: ¿los cochinos violadores de mujeres muertas, no estaban bautizados? ¿no hablan aprendido el catecismo? ¿no estaban atiborrados de sacramentos? Sí; lo estaban, como Vacher, el reventador de niñas, y Solei-land, el descuartizador de estupradas. No eran ímpios ni incrédulos. Ni los incendiaríos de los conventos de Barcelona.

Con lo cual ponemos fin á esta página de literatura sagrada, lamentando no vivir en aquellos tiempos de los reyes católicos, cuando había ministros de la casta de hombres dignos, porque hubieran ya llevado la misiva del obispo de Tuy á los tribunales y mandado su autor al destierro.

Y sí, vivir en estos malaventurados en que ya no hay «casta de hombres dignos»; ni ministros que sepan amordazar á los obispos que se proponen.

Acto civil

Ha muerto en Begaña D. Francisco Crespo Pérez, concejal y alcalde que fue, siendo enterrado civilmente.

Los clericales de aquella anteiglesia apelaron á todos los medios para que recibiera los sacramentos, pero él se mantuvo firme en sus convicciones, rogando á su esposa D.ª Valentina Barrio, que hiciera respetar su última voluntad, encargo, que cumplió la digna señora.

Su entierro fué una gran manifestación de duelo.

ARTÍCULOS FIAMBRES

Los mpos

Liberales, demócratas, republicanos... Estas denominaciones significan bien poco aisladamente para la resolución de los problemas que hoy preocupan á España. La que lo expresa y resume es esta: Clericales y anticlericales.

Mientras no lleguemos aquí, y todos los que pertenecen al liberalismo en cualquiera de sus matices no se convencen de que es imposible conciliar lo inconciliable, la razón y la fe, el origen divino con el origen popular de los poderes, el clericalismo nos irá minando el terreno, y en día cercano, esta España que tantos sacrificios ha hecho por la libertad caerá en el absolutismo, dando así pretexto justificado á las demás naciones para concertarse y repartirse este foco infeccioso

de fanatismo y barbarie, á fin de evitar que la peste moral invada sus territorios.

¿No llegamos á la división que antes indico? ¿Siguen los liberales, los republicanos especialmente, creyendo compatible el ejercicio sano y honrado de la democracia con el podrido é inmoral del clericalismo? Pues á ponernos todos la capucha y á burlarnos más aún de este Pueblo que supera á Job en la paciencia cuando ya no nos ha escupido á todos á la cara.

Porque hay que decirlo de una vez, y muy claro, para que todos lo entiendan: mayores y mejores servicios prestan al clericalismo los hombres que dentro de los partidos avanzados se entregan á las prácticas exteriores del culto, que la recua de inconscientes que acata ciega sus mandatos; y más tiene que agradecerle á los diputados republicanos que se niegan á pedir la expulsión de los órdenes religiosos en el Parlamento y en los mítins, que á los monárquicos dispuestos á votar siempre á favor suyo.

Estos, al hacerlo, á nadie engañan; están dentro de su papel, obran como lo que son. Aquéllos, además de representar una farsa, difunden esta enseñanza: «tan útiles son las órdenes religiosas, que hasta sus mismos enemigos se rinden á la evidencia y se oponen á que sean expulsadas.» ¡Y que no saben los clericales sacar partido de esto!

Hay republicanos que se creen unos Meternichs, porque así, aparentando religiosidad, dicen que engañan á sus enemigos. ¿Como si los clericales fueran tontos y no viesan lo burdo de la trama! Claro es que aparentan tragarse la píldora; les conviene: ¿Pero tragársela verdaderamente ni apreciar á los que se la presentan? Mucho me odian los clericales, y me ahorcarían si pudieran; mas en seguridad no me desprecian como á esos republicanos que les sirven. La baja moral es repulsiva.

Esta, la clerical, es la única cuestión importante á resolver. Y tan convencido estoy, que si á mí, republicano de toda la vida, se me diese á elegir entre una república clerical como las hay en la América del Sur, y una monarquía que no lo fuese, apoyaría á ésta, en la seguridad de que sería más digna, más honrada y más democrática, por no ser posible que haya ni democracia, ni honradez, ni dignidad donde predomine el clericalismo.

Al enterarse hace días Silvela de la negativa de algunos republicanos de cartel á tomar parte en el mitin proyectado en San Sebastián, porque iba á pedirse en él *la expulsión de los órdenes religiosos*, exclamó: «¡Y me llaman reaccionario! ¡Ya verán los radicales, si un día fuese el poder á manos de ciertos republicanos, quiénes son los reaccionarios en España!»

Opino como Silvela. Menos tolerantes que él serían los republicanos con vistas al clericalismo. Como que el nombre no hace la cosa.

1889.

Punto delicado

Acerca de si conviene ó no conservar en torno de los niños, y particularmente de las niñas, esa atmósfera de completa ignorancia acerca de las condiciones de la vida, Mad. Adam, directora de *La Nouvelle Revue*, Walter Besant, Bjorson, Sarth Grand y otros escritores, coinciden en considerar necesario que se enseñe á conocer á los niños el mundo y la vida. Max Nordau concreta así su pensamiento:

«La ignorancia es la madre del vicio y del pecado; la ciencia, *administrada* convenientemente, con cuidado y diligencia, no causará mal alguno. Me parece absurdo dejar á un sér humano adulto, hombre ó mujer, poco importa, estacionado en la oscuridad en lo que concierne al hecho más importante de la vida: la generación. No hay hombre de sentido que crea que el espíritu de una joven después de terminado su crecimiento pueda estar como luz bajo el celemin. A menos que sea absolutamente idiota, será constantemente solicitada su atención por fenómenos emocionales ó físicos, de los cuales es teatro su propio organismo.

Si no se le ofrece una explicación que la satisfaga acerca de lo que pasa en su cuerpo y en su espíritu, su imaginación hará esfuerzos desesperados para encontrar respuesta á sus preguntas; y sus ficciones desordenadas, basadas probablemente en un arte enfermizo, en una literatura detestable, en comedias sugestivas y en las conversaciones del salón ó de la mesa, desviarán la pureza mental de la pobre joven, lanzándola en una dirección más alarmante de aquella en que hubiera podido impulsar una brutal enseñanza fisiológica.»

Efectivamente, nada más expuesto al extravío de los sentidos que la revelación súbita del misterio de la generación; y de todas las formas en que esa revelación puede llegar á una joven, ninguna más peligrosa que la que sale del confesionario.

Para convencerse de esto, basta leer lo siguiente, copiado de uno de los libros que se ponen en manos de las niñas para prepararlas á la confesión:

«Si ha tenido pensamientos torpes y á sabiendas, deteniéndose ó complaciéndose en ellos, ó si ha deseado la ejecución; cuántas veces, con qué estado de personas, sin nombrarlas.

Si ha tenido afición peligrosa ó deshonestas. Si ha dicho palabras torpes; si ha cantado ú oído cantar canciones deshonestas; si ha leído libros lascivos.

Si ha pecado con soltera, casada, parienta, ó con persona que tiene hecho voto de castidad; si lo tiene hecho él, y si el pecado lo cometió en lugar sagrado.

Si ha tenido tactos deshonestos consigo á solas ó con tercero; si ha enseñado modos de pecar.

Si está amancebado ó encenagado en este vicio; si ha cometido pecado de sodomía ó bestialidad.

Si ha usado de tercero; si lo ha sido, ó encubridor; si tiene pinturas deshonestas.

Si siendo casado ha negado el débito á su consorte, no teniendo causa legítima, ó usado mal del matrimonio.

Si se ha deleitado de un mal sueño después de él; si ha usado de malos trajes desaliños ó afeites con mal fin.»

Es imposible calcular el efecto que en

una joven debe producir la lectura de esas páginas, ni pensar en las explicaciones que le dará el confesor para que pueda contestar á las preguntas que le haga, ni en cómo se apartará después del confesionario la que llegó á él inocente y pura.

Y no hablo de un confesor torpe y libidinoso, como los hay, como forzosamente tiene que haberlos; sino del más casto, del mejor dispuesto á no ver en la joven más que una penitente. Por grande que sea su dominio sobre sí mismo y por superior que sea su talento, se verá hondamente perturbado al tocar este punto. Y mientras con menos claridad hable, más despertará la curiosidad, más campo dejará á la imaginación. Siempre la eterna leyenda del fruto prohibido.

Conviene, pues, que la ciencia se encargue, siempre dentro de la serenidad que es su norma, de impedir que las jóvenes piñan á la ignorancia consejos y al instinto soluciones.

1894.

Aniversario

El día 10 del corriente Abril (estilo oficinesco) hizo diecisiete años que se publicó el primer número de EL MOTIN. Lo repasé, y con gran orgullo, ¡si seré necio á perpetuidad! leí el programa que lancé, y me dije: «Si lo comenzase ahora, lanzaría el mismo.»

Los republicanos que no hayan dejado de leer EL MOTIN, dirán si me he separado de ese programa, si no ha sido la unión mi afán constante, si he transigido con nadie que la haya dificultado, ó dejado de sumarse con alguno que la haya perseguido; y los esfuerzos desesperados que he hecho para que el partido no llegase á la bochornosa situación en que se ve, y á la que no le han traído sus enemigos, sino los que por sus defensores pasan.

Si; éstos, éstos son los que han obligado á retirarse de la política activa á muchos republicanos de valía, empujado hacia la monarquía á los impacientes, matado la fe en los hombres y desacreditado las ideas; y los que con sus egoismos, sus odios, sus ambiciones chicas lo han desquiciado todo. Los que en el Congreso no han sabido combatir ni en el retraimiento organizar; los que se reúnen presurosos para nombrar un organismo inútil ó pedir unos votos, y en los momentos supremos para la patria callan sin hacer nada que valga más que el silencio. Apegados á fórmulas rutinarias ó enamorados de ideas que no encarnan en la práctica, sólo se les oye cuando buscan algo para sí, cargo en directorio, voto en comicio, aplauso en mitin; fuera de estos casos y de sus similares, como si no existieran.

Pero me aparto de lo que me proponis; hablar algo de lo que me ha ocurrido en estos diecisiete años por empeñarme en responder al programa de EL MOTIN. Y ese algo, es la tenacidad ó la entereza con

que he resistido el choque de los majaduros, los chismes de los incapaces, las insidias de los ruines.

Durante años enteros apenas ha pasado día sin recibir cartas por el estilo, de acreditados necios á quienes había honrado suponiéndolos correligionarios míos:

«Aunque tengo pagado EL MOTIN hasta... (una fecha) no vuelva usted á mandarme ningún número.»

«No me envíe usted más EL MOTIN, porque los republicanos ya no me lo compran.»

«¿Trata usted de echar los jefes abajo para serlo usted?»

«En vista de los ataques que dirige usted á don... (el nombre de cualquier J) deme usted de baja.»

Y á este tenor otras, encaminadas al mismo fin.

Y después de esto, y á pesar de esto, á los diecisiete años estoy donde estaba, escribo como antes y hago honor al programa que lancé.

El republicano que pueda decir otro tanto, que hable.

1898.

Los causantes del mal

Un periódico conservador ha escrito: «Lo que no parece por parte alguna es aquella virilidad de caracteres que fué en un tiempo orgullo de nuestros políticos. El rebajamiento es un signo fatal.»

Ciert; pero ¿á quién se debe? A los conservadores, que han hecho granjería de la fortuna pública, premiado la apostasia y protegido á la hez de la sociedad, así como los liberales han formado su partido con la hez de la revolución.

A los que ahogando toda manifestación viril donde quiera que se ha presentado y matando toda iniciativa honrada, han conseguido que se pida al envilecimiento lo que antes se demandaba al mérito y á la deshonra lo que siempre se exigió á la dignidad.

A los que cerrando los ojos ante la improvisación de fortunas cuyo sucio origen no es un secreto para nadie, han contribuido á extender la idea de que el dinero lo es todo, empujando así á la juventud por senderos de corrupción.

A los que, protegiendo la mojjigatería, fomentando la construcción de conventos y persiguiendo á los que atacan el parasitismo clerical, han elevado á dogma la hipocresía y hecho de la falsa devoción un negocio.

A los que, creyéndonos ya degradados del todo, entregaron al extranjero un pedazo de la parria, creyendo que no protestaríamos.

A esos, bajo cuyo mando se desarrolló el flamenquismo, se implantaron las horizontales, se dió patente de bravo irresponsable al chulo de levita, se protegieron bribones, se encumbraron nuidades... á esos y sólo á esos se debe que no haya hoy caracteres en España.

No ya por obtener éstos ó aquéllos derechos, por no acabar de envilecernos, es preciso que todos los honrados sean

relucenarios, ya que sólo un gran ascudimiento social puede impedir que hoy unos y mañana otros, vayamos cayendo todos en el fangal en que se revuelcan los hombres de la restauración.

1888.

Tarjeta postal

En derredor de la imagen de la Virgen se acumulan el oro y los brillantes. Los dedos de la Virgen, enguantados con sortijas (¡tantas tiene!); sus hombros agobiados por el peso de rica corona; su cuello guarnecido de costosos collares; allí no hay buen gusto, ni orden, pero en cambio se ostenta un despilfarro mundanal, asiático, impropio, para lucido en la que se llama casa de Dios.

¡Y con qué gozo comentan los devotos las constantes riquezas que atesora la Virgen! Tiene arcas repletas de pedrería; valen fabulosas cantidades aquellos tesoros que se le asignan. No os hablarán de la madre de Dios, de la grandeza del dogma, pero vuestros oídos quedarán atronados con el relato de las joyas ofrecidas á Nuestra Señora de los Desamparados por manos piadosas.

Y en tanto que la madre de los Desamparados tanto tiene, los huertanos abandonan sus hogares y marchan á la Argelia en busca del pan, ganado por medio del trabajo, que aquí no tienen, y pienso yo en lo que dirían aquellos pobres labriegos cuando tirados sobre la cubierta del barco, que ha de conducirles á la tierra africana, mediten en que una imagen de cartón guarda millones en alhajas, en tanto que míseros mortales perecen de hambre y se hallan sin hogar, sin auxilio, sin sustento.

Nueva aberración, nuevo síntoma de esta enfermedad mística que corroe las entrañas de nuestro pueblo. Quiera nuestra suerte que médicos y medicinas puedan pronto atajar tan gravísimos males.

J. FRANCO RODRIGUEZ

(Unión Democrática, Alicante.)

Bibliografía

Catecismo Cristiano Anticlerical.—Con este significativo título, se ha publicado un librito que pone al descubierto las argucias de los clericales, tratando de imponer una doctrina que está en oposición completa á la que Cristo predicó y practicó en vida.

Combatir á los clericales con sus propias armas, es lo que se ha propuesto el autor, y á fe que lo consigue en pocas páginas.

Vése el ejemplar á cinco céntimos, o,50 la docena, y á cuatro pesetas el ciento, incluido el certificado.

Los pedidos á D. E. G. Linera, Tipografía Pasaje del Comercio, Montera, 35 Madrid.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

enemigos, y tomó parte en un homicidio cometido dentro de la catedral.

Y cuando la historia no dice más, me inclino á creer que ni la maledicencia halló otra cosa de que acusarle, y creo que se ve patente cuán infundado es el clamor que contra aquel obispo levantaron los escritores corrompidos por las falsas doctrinas.

Federico Barbaroja había llegado á aquel punto de desgracia en que, para dar á entender que estamos perdidos, solemos decir los piadosos que ya no tenemos más esperanza que el cielo.

En 1163 llegó por tercera vez á Italia y se encontró sublevada la Lombardia; la concupiscencia de la libertad había coaligado á Pádua, Verona, Vicencia y Trevisa.

Apeló á un medio extremo, aconsejando quizá por aquella celosa Providencia que habla endurecido el pecho de Faraón, y (como entonces anduvieron en danza un Papa y dos anti-Papas, de tal suerte que ningún cristiano sabía cuál era el legítimo y cuál el falso), destituyó á Víctor y nombró á Pascual III; inventó un rey para Cerdeña, é hizo prometer á los obispos alemanes que no reconocerían nunca á Alejandro III, que en concepto de algunos era el Papa de mejor sonido.

En 1166 volvió á Italia, mandando adelantar dos ejércitos que alcanzaron grandes victorias. ¿Quién los mandaba? ¿Quién había de ser! El uno era del arzobispo de Colonia; el otro del arzobispo de Maguncia.

Estos dos arzobispos vencieron á los romanos, y por ellos entró en Roma el emperador con su esposa, donde se mandó coronar de nuevo.

A pesar de sus triunfos, en muchos puntos el cielo y la tierra parecieron abandonarle. Su ejército fué diezmado por las enfermedades; él quiso pasar los Alpes, y encontró sus gargantas tomadas por la liga lombarda; casi todos los suyos renegaban de él al verle fugitivo; se acercó á Suza, y sus habitantes le cerraron las puertas y aun quisieron matarle; para escapar con vida tuvo que tomar un disfraz; las ciudades sublevadas arrojaban de sus muros á los gobernadores que él les diera; sólo treinta hombres le acompañaban en su desgracia... sólo una parte de su ejército le permanecía fiel. ¿Quién la mandaba? ¿Quién había de ser! El arzobispo de Maguncia, que no sólo le sirvió acantonado cerca de Roma, sino que después que Federico hubo destituido en 1169 á los obispos de Salzburgo y Passau, que habían reconocido al Papa Alejandro III, le siguió impertérrito, atrave-

la sólo la Lombardia, granjeó para su señor Dios, contestó á Tomás Becket: «Come y bebe tranquilo; el juramento no vale, y si has prometido al rey auxilios, yo te desligo de tu promesa.»

El historiador Buoncompagni dice que «asoló sin resistencia los viñedos, y taló los olivos y demás árboles de los alrededores. Faltos de víveres los habitantes, sostuvieron el choque de mar y tierra y prendieron fuego á las máquinas. El obispo no quería levantar el sitio y los sitiados no querían rendirse; así tuvieron que alimentarse de carnes inmundas, de correas, de plantas silvestres y de ortigas de mar, aun cuando se creía que eran porzoñosas.»

Pero el arzobispo se mantenía firme y decía: «¡Ahora aprenderéis lo que es amar al prójimo como á sí mismo!»

Allí permaneció inquebrantable el arzobispo hasta que vio llegar un ejército de la liga á defender á Ancona, lo cual interpretó él como señal de que el cielo quería poner fin á los padecimientos de los sitiados, y humillándose ante los designios providenciales, se retiró con su gente.

Sin duda en agradecimiento de estos servicios, ajustada la paz, el ingrato rey castigó al arzobispado de Maguncia, dando á su pastor todo la Vestfalia con algunas adherencias del Angria; con que en vez de poderse consagrar á la oración y al retiro tuvo que sacrificarse en bien del Estado y andar en las miserables cobranzas de rentas y demás frivolidades mundanales.

En aquel siglo brilló Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra, que no quiso cubrirse con los vestidos magníficos que constituyen el uniforme episcopal, alejó de su lado á los magnates, se rodeó de unos pocos sacerdotes cristianos, todos lo que pudo encontrar, vivió pobremente y no tuvo más que un defecto: el ser prodigo. Así fué que nunca fué dueño de una peseta, porque todo se lo regalaba alegremente á los pobres.

Tomás salvó, por medio de un juramento prestado al rey, á todos los obispos que convocados por aquel tenían amenazada su vida, pues en su garganta sentían ya la punta de la espada de un caballero cristiano.

Como el juramento había consistido en someter á la voluntad del rey todo lo que hasta entonces había sido de la jurisdicción eclesiástica, y Tomás sólo lo había prestado por salvar á sus compañeros de mitra, el primado se volvió á Cantorbery derramando lágrimas episcopales, se declaró á sí mismo incapaz de ejercer su cargo, y escribió al Papa lo que le ocurría.

El Papa Alejandro III, viendo que lo jurado arrancaba á los clérigos á su jurisdicción natural y que esto era ofender á

Sábelo el rey; reune un concilio y cita á Tomás. Allí le acusa de haber despreciado la autoridad real, y por tanto se le condena á pagar quinientas libras; además se le exige que devuelva la renta de trescientas libras que el rey le había concedido. Además se le pide que devuelva quinientas libras que había recibido del rey al pie de los muros de Tolosa. El pobre Tomás al oír esto exclamó:

—¡Pero si el rey me dijo que esas quinientas libras me las regalaba!...

—¡Cállate y no disparete, le replicaron los obispos, que la palabra del rey vale más que la suya!

Y como el obispo no tenía un cuarto, por habérselo gastado todo en sus caprichos de dar limosnas, presentó un fiador por aquellas quinientas libras.

Después de lo cual, los obispos le dijeron que era menester que hiciera renuncia de su cargo, porque su conducta desdeñaba de la conducta de la clase; que un hombre que se lo gastaba todo en manjares y bebidas para los pordioseros, y no podía presentarse en una tertulia sin hacer reír, debía haber tomado otra carrera; le llenaron de justas reconvencciones, que algunos escritores califican de injurias, y aquellos obispos, á quienes él había salvado la vida, le dijeron:

—Tú fuiste nuestro primado, es cierto; pero oponiéndote á las disposiciones reales, has faltado á tu juramento de fidelidad al rey, y un arzobispo perjuro no tiene derecho á nuestra obediencia.

El conde de Leicester, á la cabeza de los barones del reino, fué á leerle la sentencia.

—«¡Mi sentencia! exclamó Tomás con tristeza; ¡oh conde, oh hijo mío!; vos sabéis con cuánta fidelidad he servido al rey; vos sois mi hijo en Jesucristo; ni la ley ni la razón os permite juzgar á vuestro padre.»

Y luego con entereza añadió:

—«Recuso vuestro tribunal, y apelo al Papa. Desde ahora mismo parto bajo el amparo de la Sede Apostólica.»

Los cortesanos le tiraron al pasar puñados de paja, alzóse una voz y le llamó traidor, y el arzobispo, suspendiendo el paso y volviendo el rostro, dijo:

—«Si el carácter eclesiástico no me lo prohibiese, el cobarde se arrepentiría de su insolencia.»

La plebe al verle salir le recibió con aplausos, pero no pudo defenderle, porque, como es natural, á la plebe le estaba vedado sublevarse contra el fallo de los reyes y señores, conforme se lo enseñaba la Iglesia.

(Continuará)